

HAGAKURE

El código secreto del Samurai



Yosho Yamamoto

Edición de Norberto Tucci

Colección clásicos de la estrategia oriental



Hagakure (oculto bajo las hojas), es una obra ya clásica dentro de las artes marciales.

Recoge la filosofía y los códigos de conducta de los Samurái, las llamadas reglas del «Bushido» o código de los Samurái, expresadas a través de relatos, anécdotas y reflexiones diversas, cargadas de sensibilidad y conocimiento, recopiladas por el antiguo Samurái; Yoshio Yamamoto.

Las enseñanzas que transmite el texto, reflejan una manera de vivir el presente, amando la vida en su

totalidad y con una aceptación total de ella, lo que también incluye su otra cara, la muerte; bajo unos códigos estrictos de conducta, basados en el honor y la obediencia.

La presente edición ha sido llevada a cabo por el orientalista Norberto Tucci, e incluye una introducción a la figura y filosofía del Samurái, una descripción del entorno histórico con referencias a los orígenes e influencias del «Bushido» y una sinopsis del código del «Bushido».

Su valor es inestimable para aquel que quiera conocer el «Bushido» y

la filosofía de las artes marciales, pero la riqueza de sus enseñanzas, lo elevan a la altura de un «sabio consejero», para su aplicación en los aspectos cotidianos de la vida diaria, de todo aquel que, ya sea o no artista marcial, se acerque a sus páginas.



Tsunetomo Yamamoto

Hagakure

El código secreto del Samurái

ePub r1.2

Oxobuco 05.11.14

Título original: *The Book of the Samurai*
Tsunetomo Yamamoto, 1979
Traducción: Norberto Tucci

Editor digital: Oxobuco
ePub base r1.2



El Bushido, no es solo una filosofía para la guerra y una justificación de la violencia, más bien todo lo contrario.

Aunque haya surgido en momentos de predominancia de lo bélico, se debe de entender como una aceptación total de la vida, incluyendo en este concepto de vida, la parte correspondiente de la muerte.

Todo lo que empieza, acaba. Toda vida, lleva implícita una muerte y esto es algo evidente, que el Samurái asume con naturalidad para que el acecho de la muerte, que influye y afecta a todos los demás, no influya en sus decisiones, ni le afecte negativamente.

El Samurái tiene respeto por la

muerte, pero no miedo de la muerte.

Si hay que morir se lanza a morir y si hay que quitarle la vida a alguien o a sí mismo, así lo hace sin especulaciones.

Hay otros valores más importantes para él, como el honor y la obediencia al señor, que están por encima de la muerte y que sí son su motivo de vida.

Introducción

Hagakure (oculto bajo las hojas), es una obra ya clásica dentro de las artes marciales.

Recoge la filosofía y los códigos de conducta de los Samurái, las llamadas reglas del «Bushido» o código de los Samurái, expresado a través de relatos, anécdotas y reflexiones diversas, cargadas de sensibilidad y conocimiento, recopiladas por el antiguo Samurái; Yosho Yamamoto.

Las enseñanzas que transmite el texto, reflejan una manera de vivir el presente y una aceptación total de la vida, incluida en ella la muerte, bajo unos códigos estrictos de conducta, basados en el honor y la obediencia.

La presente edición ha sido llevada a cabo por el orientalista Norberto Tucci, e incluye una descripción del entorno histórico con referencias a los orígenes e influencias del «Bushido», así como una sinopsis del código del Bushido y del credo del Samurái.

La obra más explícita para conocer el Bushido y la filosofía de las

artes marciales.

El entorno histórico

Entre los siglos VIII al XVI el Japón estuvo envuelto en continuas guerras feudales. Este hecho propició una predisposición hacia lo bélico en todas las áreas y facilitó el desarrollo extraordinario de las artes guerreras, las llamadas artes marciales. En este entorno, tuvo lugar el nacimiento y desarrollo de una tipología del guerrero feudal, denominado en Japón «Bushi» o «Samurái» como es más conocido en

occidente. La figura del «Bushi» o «Samurái», estaba ligada a un Señor feudal o «Daimyo» que a su vez se encontraba a las ordenes de un «Sogún». Eran guerreros valerosos y caballeros que se regían por un estricto código de honor de tradición oral.

La filosofía que determinaba la forma de vida de los Bushi, era el Bushido. Bu-shi-do literalmente significa: «guerrero-señor-camino», es decir, las prácticas que los nobles guerreros deben observar en su vida diaria y durante el combate.

El Bushido es el producto de una extensa herencia de principios

derivados del shintoísmo, del budismo, del confucianismo y de preceptos populares japoneses y chinos, que constituyeron el código de los principios éticos que el Samurái estaba obligado a seguir, no puesto por escrito, ni divulgado hasta el siglo XVII, en que aparece el primer escrito del monje zen «Suden», titulado «Bukhe-sho-hatto», aunque hubo que esperar hasta el siglo XVIII, para que salieran a la luz por primera vez los 11 volúmenes de que constó «Hagakure».

Los antecedentes

El término Bushido, aparece por primera vez durante el período Yamato (400-645 d. C.), pero fue más tarde durante período Heian (794-1191 d. C.) cuando se conformó como el soporte moral, filosófico y espiritual de los Samurái, aunque ya existían como profesión e incluso como clase social.

En el período Kamakura (1192-1333) aparecen el Código del Arco y las Flechas, y otros escritos sobre la técnica y estrategia del arte de la arquería o Kyudo que pueden ser considerados como complemento de la filosofía del Samurái.

Solo en el período Edo

(1603-1867), aparece por primera vez una mención a la palabra Bushido, aunque hacía siglos que esta práctica ya era un hecho. Es en este período, cuando Yamaga Soko escribe el Bukyo (Código del Guerrero) y el Shido (Camino del Guerrero) que pueden ser consideradas como las primeras leyes escritas del Bushido.

Daidojo Yuzan (1639-1730) fue el Samurái que escribió Budo Shoshin Shu o «Lecturas elementales sobre el Bushido».

Finalmente en el año 1716, Yamamoto Tsunetomo, monje y un viejo Samurái del clan Saga en Kyushu,

concluyó los once volúmenes de Hagakure, la más célebre de las obras del Bushido.

Aunque el tratado que puede considerarse como el más completo es el Kojo Gunkan, que se le atribuye a Kosaka Danjo Nobumasa, escrito a principios del siglo XVII, es quizás Hagakure la obra más divulgada y conocida en todo el mundo.

La influencia de otras filosofías

El Budismo imprimió un nuevo

espíritu en el camino del Samurái y contribuyó a su desapego por la vida, manteniendo una moralidad en sus principios de actuación. El Zen dio un sentido más profundo a su vida, con una intensa disciplina física y mental y con la meditación que le permitía mantener la mente clara y lúcida, conocerse a sí mismo y superar su inseguridad.

El Shintoísmo le da al Bushido su lealtad y patriotismo, además de la veneración a los ancestros, haciendo a la Familia imperial la fuente de la nación, la representación del Cielo en la Tierra y es por ello por lo que el Samurái se compromete con el

Emperador, el Samurái de mayor rango, a través de su Daimyo o señor feudal. El Shintoísmo también proporciona la columna vertebral del patriotismo hacia su país, Japón.

El Confucionismo proporciona algunos elementos para el Bushido, con sus creencias en las relaciones con el mundo humano, su entorno y su familia. No obstante el Samurái no está de acuerdo con otros muchos de los principios de Confucio, por pensar éste que el hombre que pasa su vida leyendo libros, haciendo poesías y entrenándose para el combate, es un «intelectual especializado» y por lo tanto una

especie de inútil a la sociedad. Confucio consideraba que la función del hombre debía de ser algo más genérica.

Del Taoismo obtiene la costumbre de buscar en su interior las soluciones a la hora de resolver las dudas y una visión cósmica del universo y de la vida, basada en los conceptos del Yin y el Yang.

El Bushido cree que el hombre y el universo fueron hechos para ser semejantes tanto en espíritu como en ética y hay que vivir el presente, con una mente clara y fuerte.

Aproximación a la figura del Samurái

El Bushido, no es solo una filosofía para la guerra y una justificación de la violencia, más bien todo lo contrario. Aunque haya surgido en momentos de predominancia de lo bélico, se debe de entender como una aceptación total de la vida, incluyendo en este concepto de vida, la parte correspondiente de la muerte. Todo lo que empieza, acaba. Toda vida, lleva implícita una muerte y esto es algo evidente, que el Samurái asume con naturalidad, para que el acecho de la

muerte, que influye y afecta a todos los demás, no influya en sus decisiones, ni le afecte negativamente.

El Samurái tiene respeto por la muerte, pero no miedo de la muerte. Si hay que morir se lanza a morir y si hay que quitarle la vida a alguien o a sí mismo, así lo hace sin especulaciones. Hay otros valores más importantes para él, como el honor y la obediencia al señor, que están por encima de la muerte y que sí son su motivo de vida.

De acuerdo al Bushido, el Samurái debía observar en su vida diaria: ética, rectitud, lealtad, justicia, valor, honor, sentido del deber y

autocontrol, bondad, auto-sacrificio, cortesía, fidelidad, sinceridad, sentido de la vergüenza, modales refinados, pureza, modestia, frugalidad, espíritu marcial, y afecto, entre otros aspectos.

La profesión de Samurái tuvo mucho éxito en las etapas de guerra del Japón, pero cuando estas terminaron, parte de su filosofía, la más esencial y no bélica, quedó impresa en la mentalidad colectiva del pueblo japonés, que siempre respetó y consideró a los samuráis como personas superiores.

De entre estos pensamientos se ha plasmado y mantenido presente en el

pueblo japonés la idea del aprecio por la vida, incluso como una obligación por preservar la vida. Esta influencia es pues diametralmente opuesta a la que comúnmente se le atribuye a la figura del Samurái. El Samurái apreciaba la vida, aunque no se apegaba a ella llegado el caso de tener que prescindir de ella, pero de ninguna manera la despreciaba, como aparentemente puede parecer con una visión superficial.

Los samuráis apreciaban la vida, porque se enfrentaban a la muerte y eran conscientes de una posible muerte inminente. Vivían cada instante plenamente y consecuentemente a sus

ideas y si estas ideas les llevaban a morir, esto no importaba.

Así aprendieron a morir en cada instante de su vida. Esta es otra de las lecciones del Samurái, que nos traslada Hagakure, que también se ha mantenido durante siglos, incluso después de la desaparición de los samurái como profesión.

Amor y Benevolencia son virtudes supremas y son actos dignos de un príncipe. Los Samurái siguen un ceremonial específico cada día de su vida, y también en la guerra. Sinceridad y Honestidad son tan valoradas como sus vidas. Bushi no ichi-gon o «La

palabra de un Samurái» trasciende un pacto de confianza y supera a la fe.

El Samurái tiene un completo auto-control y estoicismo para ser absolutamente honrado. No demuestra dolor o alegría, todo lo soporta interiormente, nada de quejas, gemidos y lloros. Mantiene siempre un comportamiento calmado y una compostura interna y mental que alejan de él toda pasión no deseada. Es un verdadero y completo guerrero.

Luchadores y expertos en las artes marciales, también tenían una notable habilidad con el arco y la espada y eran grandes jinetes.

Eran honestos y de total confianza, mantenían una vida frugal, sin excesos ni interés por las riquezas, solo les interesaba el orgullo y el honor. Hombres de valor verdadero, no temían a la muerte, entraban en batalla sin importar cuales fueran las dificultades, ya que morir en la guerra sería un gran honor para su familia y para su señor.

Preferían mejor luchar solos, uno contra uno, en lugar de hacerlo en multitud. Una vez iniciada la contienda, antes de entrar en la batalla, invocaban el nombre de su familia, su lugar de procedencia, rango y hazañas, buscando un oponente de similar rango para

pelear. La batalla termina cuando un Samurái mata a su oponente, y entonces finalmente lo decapita. Volver con las cabezas de los oponentes vencidos, acredita su victoria ante el pueblo y confirma el hecho de haber cumplido con el ritual de la decapitación.

Si se produce la derrota, la única salida honrosa es la muerte propiciada por el enemigo o bien el suicidio ritual: Seppuku, también llamado Hara-Kiri. Seppuku consiste en atravesarse el abdomen a la altura del Hara, lo cual resulta bastante complicado de hacer por las propias luchas internas de actuante y por las fuerzas físicas

requeridas para ello. Realizado este suicidio ritual, otro Samurái o bien un amigo lo concluirá cortándole la cabeza.

El Seppuku también era practicado, antes que caer en deshonor y llevar la desgracia al nombre de su familia y su Señor, incluso se practicaba en caso de desacuerdo con las directrices del propio señor feudal. Éste era avisado por el propio Samurái de la desavenencia ocurrida y de la diferencia de opiniones y si ésta actitud proseguía y las diferencias se mantenían, el Samurái se quitaba la vida, antes que tener que llegar a enfrentarse con su señor.

Cuando las luchas en Japón cesaron, con la llegada de la unificación del país, a principios del siglo XIX, los Samurái y su modo de vida fueron oficialmente abolidos y su servicio se tornó innecesario, no obstante su influencia permaneció y aun hoy perduran muchos de sus principios entre el pueblo japonés.

Sobre el autor

Yamamoto, un Samurái retirado, se hace monje y dedica los últimos años de su vida, a plasmar por escrito las

normas y recuerdos de su vida marcial. En esta obra expone a la vez sus puntos de vista filosóficos y prácticos sobre la forma de vida de los Samurái, añadiendo sus recuerdos propios y relatando hechos y leyendas de distintos personajes y de los Samurái más relevantes de su época y otros históricos.

En Hagakure se nos expone la vía del guerrero, cuyos preceptos filosóficos y ética de vida conforman al denominado Bushi o Samurái.

Notas a la presente edición

Esta versión ha tratado de ser fiel a los contenidos y mensajes originales. De los 11 bloques originales, hemos agrupado para su fácil localización a través de los titulares, los aspectos más destacados y representativos de su contenido.

Sobre el traductor

Norberto Tucci, es un estudioso del orientalismo y de las artes marciales. Durante más de 20 años, se ha dedicado al estudio de las religiones y filosofías de oriente, principalmente el

budismo, el zen y el taoísmo.

Ha traducido varias obras relevantes al castellano y ha comentado algunos de los textos más importantes de oriente, como: el «Tao Te King», el «I Ching», destacan también sus versiones de «El arte de la guerra», «Las seis enseñanzas secretas, para vencer sin luchar», «Hagakure», «El libro de los cinco anillos», «El libro del té» e «Historias zen» entre otros.

Desde su infancia ha practicado varios estilos de artes marciales y se ha integrado en los conceptos de vida orientales, tanto en la filosofía como en la práctica.

Su máxima:

«Comprender desde dentro», le ha llevado a conocer e integrarse en los estilos de vida orientales en todas sus manifestaciones.

Sus textos resultan amenos y de fácil comprensión para el lector, por la sencillez y la naturalidad que da a sus expresiones, logrando hacer fácil y asequible, lo difícil.

白虎堂



白虎堂

El código del Bushido

Son siete los principios que rigen el código de Bushido:

1. Gi. Honradez y Justicia en la acción.

La decisión debe de ser justa y ecuánime, la justicia auténtica emana de tu interior. No hay término medio en este campo, ni medias tintas, o es justo o injusto, se vive plenamente o se muere.

2. Yu. Valor heroico y bravura en la acción.

No hay que temer a la acción, ni ocultarse del exterior. Hay que ser arriesgado Hay que vivir plenamente, esta es la verdadera inteligencia. Miedo no, precaución y respeto sí.

3. Jin. La compasión o el amor universal.

El Samurái es fuerte y por ello ha de estar al servicio de los demás que no lo son.

Su poder debe ser usado en bien de todos, ayuda a sus compañeros y al

prójimo.

4. Rei. Cortesía.

No hay motivo para ser crueles, no hay que demostrar la fuerza. Cortesía y respeto hacia todos, incluso hacia los enemigos. En los peores momentos es cuando se demuestra la fuerza interior.

5. Melyo. Honor.

El honor es el valor principal a defender, por él se obtiene la gloria. Los actos denotan la personalidad y el carácter. Nadie se puede ocultar de ellos.

6. Makoto. Sinceridad absoluta.

Lo que dice, así hace. No tiene que «prometer» nada. Todo lo cumple. Hablar y Hacer son la misma acción.

7. Chugi. Deber y lealtad.

Cumplir con las obligaciones de su puesto frente a sus superiores de rango y ser leal a los que están bajo su responsabilidad.

HAGAKURE

(Hojas ocultas).

Sobre la Rutina

Hotta Haga No Kami Masamori era un paje del Shogún, y era tan obstinado que el Shogún decidió someterlo a una prueba. Hizo calentar «a blanco» un par de sandalias y las colocó sobre un brasero. Masamori tenía la costumbre de coger las sandalias colocadas al lado del brasero para ir a recibir a su Señor. En esta ocasión, en cuanto tocó las sandalias notó el calor en las manos. Pero actuó de la manera acostumbrada, sin manifestarlo, con lo que el Shogún

tuvo que quitárselas rápidamente de las manos.

Sobre la obediencia

Uno de los Samurái de Matsudaira Sagami No Kami se alojaba en una pensión en Kyoto durante un viaje para recaudar dinero. Un día estando en el portal vio pasar a gente y oyó a un transeúnte gritar:

«Los hombres del Señor Matsudaira están envueltos en un combate».

El Samurái pensó:

«Es muy lamentable que mis

compañeros estén implicados en un combate. Estos deben de ser los que tenían que ir a relevar a los que estaban de servicio en Edo».

Se informó sobre el lugar del combate y cuando llegó jadeante, sus compañeros ya habían sido heridos por sus adversarios y estaban a punto de recibir el golpe de gracia. Acompañando su ataque de un grito, golpeó a dos hombres y regresó a Kyoto.

Este asunto llegó a oídos del oficial del Shogún que mandó llamar al Samurái para preguntarle:

«Habéis ayudado a vuestros compañeros, desobedeciendo con ello al edicto del Gobierno. ¿Cómo es

eso?».».

Él contestó:

«Vengo de la provincia y me es difícil entender lo que Su Señoría me dice. ¿Podría volver a repetirlo?».

El oficial enfureció y dijo:

«¿Está usted sordo? ¿Habéis estado implicado en una pelea, derramado sangre y desobedecido el decreto gubernativo, quebrantando las leyes, sí o no?».

El hombre contestó:

«Ya había comprendido todo esto. Aunque así lo afirméis, yo no he desobedecido voluntariamente a las leyes y no he tenido intención de desobedecer al gobierno. La razón de

ello es que todo ser viviente concede a la vida cierto precio y desde luego lo mismo ocurre con los seres humanos. Por mi parte, doy un gran valor a la vida humana. Pero he oído que mis compañeros estaban en peligro y hacer como que uno no se ha enterado del asunto, no es digno de la Vía del Samurái. Por ello he acudido corriendo para socorrer a mis compañeros. Volver a mi casa, con la vergüenza en el corazón, sabiendo que mis amigos han sido asesinados, habría prolongado desde luego mi vida, pero era desobedecer a la Vía. Para seguir la Vía, uno debe sacrificar su preciosa vida. Es debido a esto, al respeto a la

Vía y no por desprecio al reglamento, que decidí acudir allí. Os ruego, ahora, que procedáis a mi ejecución».

El oficial quedó impresionado, archivó el asunto y escribió al Señor Matsudaira:

«Tenéis un valiente Samurái a vuestro servicio. Espero que lo cuidéis como se merece».

Sobre la importancia del árbol genealógico y la obediencia

El árbol genealógico del Señor

Soma, apodado Chiken Marokoshi, era de los más elaborados del Japón. En cierta ocasión, su hacienda se incendió y estuvo a punto de ser destruida, el Señor Soma dijo:

«Incluso si la casa, los muebles y todo el contenido de la casa es destruido, no lo lamentaré porque son cosas que se pueden reemplazar. Lo único que lamentaré es no haber podido salvar mi árbol genealógico, que es un tesoro de familia de lo más precioso».

Allí estaba un Samurái y dijo:

«Voy a entrar en la casa y traerlo».

El Señor y los demás se pusieron a reír, diciendo:

«La casa es ya pasto de las llamas, ¿cómo lo conseguiréis?».

Aquel hombre no había sido jamás muy hablador y no había sido particularmente diligente, pero era alguien que llegaba hasta el final en todo lo que hacía. Dijo también:

«Hasta ahora no he sido de una gran utilidad a mi Señor, porque no he sido muy cuidadoso, pero he vivido con la idea de que un día mi vida podría ser útil. Me parece que este momento ha llegado».

Entonces se lanzó a las llamas. Cuando el incendio fue apagado, el amo ordenó:

«¡Que se encuentre su cadáver!»

¡Qué gran pérdida!».

Después de haber buscado por todas partes, se descubrió su cuerpo en el jardín próximo a los apartamentos; cuando se le dio la vuelta, salió sangre de su vientre. El Samurái se había abierto el vientre y en él había colocado el documento para que permaneciera intacto. A partir de ese día, se sobrenombró este documento «la genealogía de la sangre».

Sobre el estado mental

En el Koyogunkan, alguien dijo:
«Cuando estoy frente al enemigo,

siempre tengo la impresión de que penetro en las tinieblas y a causa de esto he sido herido gravemente... sin embargo, vos que habéis combatido con tantos hombres valientes jamás habéis sido herido. ¿Cómo es posible esto?». ».

El otro contestó:

«Cuando me enfrento con el enemigo, es desde luego como si penetrara en las tinieblas. Pero enseguida tranquilizo mi mente, todo se vuelve como una noche iluminada por la pálida Luna. Si ataco en este momento, sé que no seré alcanzado».

Esta es la situación en el momento de la verdad.

Sobre las tácticas Militares

En las Reglas del Arte de la guerra, está escrito lo siguiente:

«*Ganar primero, combatir después*», lo que dicho en dos palabras quiere decir: «*ganar antes*».

La riqueza del tiempo de paz, es permitir la preparación marcial para el tiempo de guerra. «*Con quinientos aliados, se puede derrotar a una fuerza enemiga de diez mil hombres*».

Cuando uno intenta tomar el castillo a un enemigo y es necesario retirarse, hay que replegarse, no siguiendo la carretera principal sino por las

carreteras secundarias.

Se debe de colocar a sus muertos y heridos con el rostro girado hacia el enemigo. Es evidente que el guerrero tiene que estar a la vanguardia durante el ataque y en la retaguardia cuando la retirada.

Cuando se ataca, no se debe despreciar el hecho de esperar el buen momento. Esperando el buen momento, no se debe olvidar el ataque.

Entre los principios secretos de Yaygu Tajima No Kami Munemori, existe un proverbio que dice:

«No hay táctica militar para un hombre de gran fuerza moral».

Alentado por esto, cierto vasallo del

Shogún fue a ver al Maestro Yagyu y le pidió que lo aceptara como su discípulo. El Maestro Yagyu dijo:

«Me parece que ya sois alumno de una escuela de Artes Marciales. Decidme el nombre de vuestra escuela antes de iniciar nuestras relaciones de maestro-discípulo».

El hombre contestó:

«Yo no he practicado jamás un arte marcial».

El Maestro dijo:

«¿No habéis nunca aprendido la disciplina de la escuela Tajima Nokami? Tengo la impresión de que sois uno de los maestros del Shogún».

El hombre juró que no. El Maestro

le preguntó entonces:

«¿Tenéis algún tipo de convicción profunda?».

El hombre contestó:

«De niño tomé conciencia de que el Bushi (guerrero feudal) es un hombre que no debe arrepentirse de su vida. He enterrado este pensamiento en mi corazón durante muchos años y ello se ha vuelto una convicción. Por ello, jamás pienso en la muerte. No tengo ninguna otra concepción fuera de esta forma de pensar».

El Maestro Yagyu quedó muy impresionado y dijo:

«Mi intuición no me ha engañado. El principio más profundo de la táctica

marcial es el que vos poseéis. Hasta ahora, de cientos de discípulos que he tenido, ninguno ha alcanzado este principio. No es necesario prepararos con el “sable de madera” (boken). Voy a iniciaros inmediatamente». Y a continuación le dio un pergamino...

(Historia relatada por Muragawa Soden).

Sobre la aceptación por lo demás

Si alcanzáis demasiado rápido la gloria, la gente se convertirá en vuestro enemigo y no resultareis de ninguna

utilidad.

Si os eleváis progresivamente en el mundo, las personas se convertirán en aliados vuestros y seréis felices. A la larga, que hayáis sido rápido o lento, en cuanto hayáis adquirido la comprensión de los otros, nada os amenazará.

Así se dice que; la suerte que se os es dada por otros, es la más segura.

Sobre los Cuatro Votos

Hay quienes no son capaces de actuar con sabiduría cuando la ocasión lo requiere. Otros se ven obligados a permanecer despiertos largas horas,

presos de angustia, antes de descubrir la solución correcta al problema planteado. Pero, aunque estas deferencias innatas sean en cierta medida inevitables, cada uno puede alcanzar dones de sabiduría insospechada adoptando «los cuatro votos».

Sean cualesquiera que sean los dones personales, cualquiera que sea la dificultad del problema, una reflexión suficientemente larga y profunda puede aportar la solución. Mientras que si uno funda el razonamiento de su actuación sobre el «Yo», el resultado puede ser muy prudente y astuto pero no sabio.

Los seres humanos son insensatos y

les resulta difícil liberarse de su «Yo». A pesar de todo, un individuo enfrentado a una situación complicada tiene grandes posibilidades de encontrar una solución acertada, si llega a abstraerse momentáneamente del problema, concentrándose sobre los «cuatro votos» y abandonando su «Yo».

Sobre las decisiones

Poseemos muy poco conocimiento de las cosas; y sin embargo, tenemos una gran tendencia a recurrir a ellos para resolver nuestros problemas.

En el momento en el que nos

preocupamos esencialmente de nosotros mismos, nos desviamos de la Vía del Cielo y nuestras acciones se vuelven equivocadas.

A los ojos de los demás, nos convertimos en despreciables, débiles, limitados y totalmente ineficaces. Cuando nos sentimos incapaces de actuar correctamente, es preferible acudir a alguien más sabio.

No estando personalmente implicada la otra persona, tal vez pueda revelarse como un juez preclaro, ya que no tiene un interés propio sobre el asunto. Así le será posible aconsejar la elección más acertada.

Si observamos a un hombre que

toma sus decisiones de esta manera digna de tenerse en cuenta, sabremos que es resuelto, autónomo, digno de fe y enraizado en la realidad. Su sabiduría, alimentada por los consejos de los demás, puede compararse a las raíces de un gran árbol de follaje espeso y denso.

Existen límites a la sabiduría del ser humano, como los tiene un arbusto débil, sacudido por el viento.

Sobre la Crítica a los Demás y como hacerla

Reprender y corregir a los demás por sus errores, es importante. Este acto

esencialmente caritativo es la primera obligación del Samurái.

Pero hay que esforzarse en hacerlo de la manera correcta. En efecto, es fácil encontrar las cualidades y los defectos en la conducta del prójimo.

También es igualmente fácil criticarlo. La mayoría de las personas se imagina que es por gentileza que dicen a los otros, lo que estos no desean oír y si alguna vez sus críticas son mal acogidas, piensan que los otros son incurables.

Tal manera de pensar no es razonable. Los resultados son tan malos como los de colocar a alguien en una situación embarazosa o bien insultarlo. Por lo general, esto no es más que una

mala manera de expresar lo que nos pesa en el propio corazón.

La crítica sólo debe de hacerse, después de haber discernido si la persona la aceptará o no, después que uno se ha hecho amigo de ella, de haber compartido sus intereses y de haberse comportado de manera tal, que nos conceda su entera confianza para que tenga fe en nuestras palabras. También interviene el tacto.

Hay que sentir el buen momento y la buena manera de ejercer su crítica; por carta o al regresar de una reunión particularmente agradable...

Hay que empezar comentando uno sus propios fallos y luego llevar a su

interlocutor a comprender, sin pronunciar más palabras de las necesarias.

Se deben de alabar sus méritos; esforzarse en darle ánimos, en preparar su humor; volverlo tan receptivo a las observaciones, como el hombre sediento lo es al agua. Es entonces cuando hay que corregir sus errores. La crítica constructiva es delicada.

Sé por experiencia que las costumbres malas y antiguas, no desaparecen sin fuerza. Me parece que la actitud más verdaderamente caritativa consiste, para todos los Samuráis al servicio de un mismo Daimyo, en ser benevolentes y amistosos los unos con

lo otros, corregir mutuamente sus errores para servir luego al Daimyo. Poniendo a alguien voluntariamente en una situación embarazosa no se hace nada constructivo. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Sobre la previsión de los hechos

En el lenguaje militar se utilizan los términos de «Samurái ilustrado» y de «Samurái ignorante».

Un Samurái que espera tenerse que enfrentar con situaciones difíciles para aprender a salir de ellas, no es ilustrado.

Un Samurái que se preocupa por adelantado de todas las situaciones y soluciones posibles, es sabio. Será por lo tanto capaz de hacerle frente con brillantez cuando la situación se presente. No importa lo que ocurra, un Samurái ilustrado es aquel que se preocupa de los detalles de la acción, antes de la hora.

Un Samurái poco previsor, en cambio, da la penosa impresión de encontrarse en una gran confusión y su éxito sólo proviene de una suerte anormal. Sólo un Samurái ignorante no considera todas las eventualidades antes del momento de la acción.

Sobre la rigidez en las cosas

No comparto la opinión de los que preconizan una autoridad estricta y constante. Como dice el proverbio:

«El pez no vive en el agua clara».

Son las algas las que le permiten esconderse para desarrollarse plenamente hasta su madurez. Solo cuando uno supera los detalles y no atiende a los inconvenientes menores, es cuando es capaz de procurar la serenidad a los que nos sirven. La comprensión de este principio es esencial para el que quiera comprender el carácter y el comportamiento de los

demás.

Sobre como ha de ser el Samurái

Me da la impresión de que los jóvenes Samuráis de hoy en día se han fijado objetivos lamentablemente bajos. Tienen la misma mirada furtiva de los ladrones.

La mayoría sólo busca su interés personal o hacer gala de su inteligencia. Incluso los que parecen tener el alma serena sólo están mostrando una fachada. Esta actitud no es conveniente.

Un Samurái sólo lo es

verdaderamente, en la medida que no tiene otro deseo que morir rápidamente y de volverse puro espíritu, ofreciendo la vida a su amo.

En la medida en la que su preocupación constante es el bienestar de su Daimyo, al que rinde cuentas continuamente, sin cesar. La manera mediante la cual resuelve los problemas para consolidar las estructuras del dominio. De este modo, Daimyo y servidores deben estar determinados de la misma manera.

Es indispensable que nadie, ni siquiera los dioses y los Budas, puedan haceros desviar de la meta fijada.

Sobre la Pérdida de la Virilidad

Hace algunos años, el Doctor Matsaguma Kyon me contó la siguiente historia:

«En la practica de la medicina se distingue a los hombres de las mujeres de acuerdo con los principios del Yin y del Yang; por consiguiente, los tratamientos médicos son fundamentalmente diferentes. También su pulso es también diferente. Sin embargo, en el curso de los últimos cincuenta años, el pulso de los hombres se ha vuelto idéntico al de las mujeres.»

Desde que me he dado cuenta de este fenómeno, he considerado bueno tratar las enfermedades oculares de los hombres por los medios apropiados al pulso de las mujeres. Cuando intento aplicar a mis pacientes varones los cuidados previstos para ellos, no obtengo ningún resultado».

En efecto, el mundo está abordando un período de degeneración; los hombres pierden su virilidad y se parecen cada vez más a las mujeres.

Esta es una convicción inquebrantable que he adquirido en el curso de mi experiencia personal. Desde entonces, no olvidando nunca esta reflexión, cuando miro a los hombres de

hoy en día, me digo:

«Mira, he aquí un pulso femenino».

Ya casi nunca me encuentro, lo que se llama un hombre verdadero. Es por esto, por lo que es posible hoy en día ser considerado excelente, sobresalir y acceder a una posición importante con un esfuerzo mínimo.

Los hombres se vuelven cobardes y débiles, la prueba de ello es que, hoy en día, raros son los que tienen la experiencia de haber cortado la cabeza de un criminal con las manos atadas a la espalda.

Cuando se les pide ser el asistente del que va a suicidarse ritualmente, la mayoría considera que es mejor

evadirse con excusas más o menos válidas.

Hace sólo cuarenta o cincuenta años, se consideraba una herida de combate como una marca de virilidad. Un muslo sin cicatrices era un signo tan destacado de falta de experiencia que nadie se hubiera atrevido a mostrarlo tal cual, prefiriendo infligirse una herida voluntaria.

Se esperaba de los hombres que tuvieran la sangre ardiente y fueran impetuosos. Hoy en día la impetuosidad es considerada como una ineptitud.

Los hombres de hoy en día utilizan la impetuosidad a través de su lengua, para rehuir sus responsabilidades y no

hacer nunca ningún esfuerzo.

Quisiera que los jóvenes reflexionaran seriamente sobre esta situación actual.

Sobre el Mushin (No pensar) y la pureza

El Monje Tannen solía decir:

«La gente no entiende porqué los sacerdotes ya no enseñan más que la doctrina de No pensar».

Lo que se llama «No pensar» es un espíritu sin mancha y sin complicación. Esto es algo muy interesante.

El Señor Sanenori decía:

«En el seno de un espíritu, en donde la perversidad no encuentra su lugar, está la Vía».

Si esto es verdad, la Vía es una. Pero nadie puede comprender esta evidencia en el primer intento.

La pureza no se consigue sin esfuerzo.

El carácter chino «gen» puede leerse en japonés «maboroshi» y significa «ilusión». En japonés, los magos indios se llaman «Gen shu sushi» o «ilusionistas».

Los seres humanos son marionetas en el mundo. Por ello se utiliza el carácter «gen» para sugerir la ilusión del libre arbitrio.

Abominar del mal y conducir su vida con rectitud resulta extremadamente difícil. Es bastante sorprendente, pero muchos errores tienen por origen la creencia de que es esencial ser estrictamente lógico y colocar la rectitud por encima de cualquier otra cosa. Existe una vía más elevada que la rectitud, pero su descubrimiento no es una cosa fácil e impone una profunda sabiduría. Comparados con esta vía, los principios lógicos son insignificantes. Aunque para el que no tenga la experiencia de ella o no la conozca, existe una manera de descubrir la verdad, incluso si uno no ha sabido discernirla solo.

Esta vía consiste en hablar con otros. Ocurre a menudo que una persona, aunque imperfecta, puede dar consejos juiciosos a otra, porque ella puede dominar la situación exterior, del mismo modo que el que, en el juego de Go, tiene «la ventaja de ser espectador». Se dice igualmente que es posible discernir sus faltas por la «mirada en uno mismo» y por la meditación, pero también en este caso el resultado es igualmente mejor cuando se habla con otros. La razón de esto es que se puede superar la propia facultad de discernimiento, si uno aprende a escuchar con provecho a los demás y leer libros.

Uno siempre se enriquece de la

sabiduría de los Antiguos.

Sobre el entrenamiento continuo

Me contaron que un maestro de sable ya anciano había dicho esto:

«El Samurái debe entrenarse toda su vida», y para ello hay una razón.

Al principio, incluso en caso de práctica regular, uno no tiene la sensación de progresar. Uno se sabe poco hábil y ve a los demás a su propia imagen. En este estadio es inútil precisar que no se es de ninguna utilidad al servicio del Daimyo.

Cuando se alcanza un estadio mediano, uno no es todavía de gran utilidad pero toma conciencia de sus deficiencias y empieza a notar las imperfecciones de los otros.

Cuando un Samurái alcanza un nivel superior, es capaz de tomar, por propia iniciativa, decisiones en cualquier situación, de tal manera que ya no necesita los consejos de los otros. Un Samurái es, podemos decirlo, útil al Daimyo.

Luego, por encima de este nivel, están aquellos cuyo rostro jamás revela lo que piensan, los que no hacen jamás gala de su habilidad, que fingen ignorancia e incompetencia.

Y lo que es más: respetan la habilidad de los otros.

Para muchos, ésta es la ambición más alta. Pero a un nivel todavía más elevado existe un dominio que supera la habilidad del común de los mortales. El que se compromete a fondo en la Vía de este campo, toma conciencia de que su entrenamiento será ilimitado y que no podrá estar jamás satisfecho de su trabajo. Por esto un Samurái debe conocer sus debilidades y pasar su vida corrigiéndolas sin jamás tener el sentimiento de haber hecho ya lo suficiente. No debe, naturalmente, tener demasiada confianza pero tampoco sentirse inferior.

Yagyū, el maestro de la Vía del Sable, que enseñaba al Shogún Tokugawa, decía:

«No sé cómo superar a los otros. Todo lo que sé es cómo superarme a mí mismo».

«Hoy, yo soy mejor que ayer, mañana todavía seré superior».

Un verdadero Samurái consagra todo su tiempo al perfeccionamiento de sí mismo. Es por ello que el entrenamiento es un proceso sin fin.

Sobre la calma en las decisiones y la importancia de los asuntos

Entre las afirmaciones públicas del Señor Naoshige, se encuentra:

«Las decisiones importantes deben ser tomadas con calma».

Ittei Ishida (sabio confucionista de Han Sagan y maestro Jocho Yamamoto) explica:

«Los asuntos menores deben ser estudiados con seriedad. Hay pocos problemas realmente importantes, solamente se presentan más de dos o tres en toda una existencia. Una

reflexión cotidiana os convencerá. Es por ello que es indispensable prever lo que conviene hacer en caso de crisis. Cuando ésta se manifieste, habrá que acordarse de la solución, para resolverla en consecuencia. Sin una preparación cotidiana, cuando sobrevenga una crisis delicada, se será incapaz de tomar una decisión rápida, lo que conlleva el riesgo de consecuencias desastrosas».

¿No es entonces posible decir que para poder tomar con calma decisiones importantes, hay que prepararse cada día con resolución?

Sobre la importancia de los errores

En el curso de una reunión cuya meta era examinar la oportunidad de conceder una promoción a cierta persona, se tuvo noticia de que la misma, anteriormente, era muy aficionada a la bebida.

Por lo tanto, los participantes estaban muy decididos a negarle su adelanto. Sin embargo, uno de ellos intervino:

«No animar a un hombre porque ha cometido un solo error; es impedirle que mejore. Si un hombre, que ha flaqueado una vez, muestra, mediante

una conducta irreprochable y conforme a las normas, que lamenta sinceramente su error, es eminentemente útil a su Señor. Siendo así, animadlo».

Entonces, uno de los presentes dijo:

«¿Asumís la responsabilidad de tal decisión?».

Después de que él hubo dado tal seguridad, la asistencia le rogó que diera sus razones. Dio esta respuesta: *«Lo avalo porque sé que se ha equivocado una vez. No se puede conceder confianza al que no ha cometido jamás errores».*

Fue de este modo que el interesado consiguió su promoción.

Sobre la determinación en la batalla

Un día, un hombre cayó en desgracia porque había descuidado reparar el insulto que le había sido hecho.

La única manera de vengarse era lanzarse sobre el campamento enemigo y combatir hasta la muerte.

Un Samurái que se lanza desesperadamente al combate no puede caer en desgracia. Es porque uno espera la victoria, que la misma se nos escapa.

El tiempo corre cuando uno espera que el enemigo no sea tan numeroso para no estar uno en desventaja. A fuerza de

esperar, incluso puede ser que uno olvide la injuria y que abandone la venganza.

Pero cuando los enemigos son numerosos, si uno se agarra al terreno con la determinación de diezmarlos a todos, la pelea se resolverá deprisa. El curso de la acción transcurrirá probablemente de buena manera.

Como cuando los cuarenta y siete Ronin del clan Asano, atacaron a Kira una noche para vengar la muerte de su Amo. Deberían haberse suicidado ritual e inmediatamente Sengakuji. Se tomaron tiempo para vengar la muerte de su Señor. Kira habría podido caer mortalmente enfermo antes de que

hubieran ejecutado su plan. En este caso, habrían perdido irremediablemente la ocasión. Por regla general, yo no critico el comportamiento de los otros, pero puesto que nosotros estudiamos la vía del Samurái, debo añadir esto:

«Si no se consideran con cuidado y por adelantado todas las eventualidades, cuando ocurre el suceso no se está en medida de contestar adecuadamente y uno es deshonrado».

Escuchar estos consejos e intentar comprender la esencia de las cosas, constituye una preparación para tomar decisiones antes de que sobrevenga la crisis.

Sobre la vía del Samurái

La vía del Samurái exige, entre otras cosas, que se esté siempre dispuesto a someter a prueba la firmeza de su resolución. Noche y día, el Samurái debe seccionar sus pensamientos y preparar una línea de acción. Según las circunstancias, puede ganar o perder. Pero evitar el deshonor es un hecho distinto de la victoria o de la derrota; para evitar el deshonor tal vez le será necesario morir. Pero si, desde el principio, las cosas no se desarrollan como había previsto, debería intentarlo de nuevo.

Para ello, ninguna sabiduría ni habilidad particular son precisas. El Samurái valiente no piensa en términos de victoria o derrota; combate fanáticamente hasta la muerte. Sólo de este modo realiza su destino.

No es bueno tener fuertes convicciones personales. Si, al perseverar y concentrarse, un Samurái adquiere opiniones muy marcadas, podrá estar tentado a pensar con precipitación que ya ha alcanzado un buen nivel de realización. Esto debe ser desaconsejado formalmente.

Un Samurái debe, por asiduidad, llegar primeramente a la maestría absoluta de los principios básicos y

luego continuar su entrenamiento de tal manera que sus técnicas lleguen a la madurez.

Un Samurái no debe jamás relajar su esfuerzo sino que debe perseverar toda su vida en el entrenamiento. Pensar que uno puede relajar la disciplina del entrenamiento porque simplemente ha hecho algún descubrimiento personal, es el colmo de la locura.

Un Samurái debe estar constantemente animado por el pensamiento siguiente:

«En tal o cual punto todavía disto mucho de la perfección» y consagrar toda su vida más y más al perfeccionamiento, buscando

asiduamente la vía verdadera.

Es por una práctica así que se puede encontrar la Vía.

Sobre los cuidados propios

No hace aún cincuenta o sesenta años que los Samurái hacían sus abluciones cada mañana, se afeitaban la cabeza y perfumaban el moño.

Luego se cortaban las uñas de las manos y de los pies, las limaban con piedra pómez y luego las pulían con hierba Kogane. No mostraban jamás señal alguna de pereza en este asunto y se cuidaban con atención.

A continuación, el Samurái verificaba su sable largo y su sable corto para comprobar que el óxido no los estaba deteriorando; les quitaba el polvo y los limpiaba para cuidar su brillo.

Tomar tal cuidado de su apariencia puede parecer una manifestación de presunción, pero esta costumbre no provenía de una inclinación para la elegancia o lo romántico.

Uno puede ser llamado en cualquier momento a librar una dura batalla; si se muere habiendo descuidado su pulcritud, se da muestra de una relajación general de las buenas costumbres y uno se expone al desprecio y al descuido del

adversario.

Esta es la razón por la cual los viejos y jóvenes Samurái han aportado siempre un gran cuidado en su presentación.

Un escrúpulo tal puede parecer una pérdida de tiempo y una ocupación muy fútil, pero forma parte de la vida del Samurái. En realidad, ello precisa menos esfuerzo y tiempo de lo que parece. Si quiere estar dispuesto a morir, un Samurái debe considerarse ya muerto; si es diligente en su servicio y se perfecciona en las artes militares, no se cubrirá jamás de vergüenza. Pero si se dedica a hacer egoístamente lo que le plazca, en caso de crisis se deshonorará.

Incluso, no será jamás consciente de su deshonor. Si nada le importa, excepto el hecho de no estar en peligro y de sentirse feliz, se descuidará de una manera completamente lamentable.

Es seguro que un Samurái que no está preparado para morir, morirá de una muerte poco honorable. En cambio, si consagra su vida a preparar su muerte, ¿cómo podría tener un comportamiento despreciable? Uno debería reflexionar seriamente al respecto y armonizar su conducta en consecuencia.

Sobre los modernos Samurái

Los tiempos han cambiado mucho en el transcurso de estos últimos treinta años.

En nuestros días, cuando los jóvenes Samurái se reúnen, hablan de dinero, de provecho, de pérdidas, de la manera de administrar su casa, de los criterios para juzgar el valor de la vestimenta, e intercambian opiniones profanas. Si otro tema es evocado, el ambiente se estropea y cada uno se siente vagamente a disgusto.

¡Qué estado tan lamentable éste al que hemos llegado!

Antaño, hasta la edad de veinte o treinta años, un hombre joven no tenía ningún pensamiento para las cosas

materiales o poco delicadas, por lo tanto no hablaba de ellas jamás. Si, por accidente, en su presencia, los hombres de edad madura dejaban escapar de sus labios alguna reflexión fuera de lugar, se sentía tan afectado como si hubiera recibido una herida física.

La tendencia nueva ha penetrado aparentemente mediante lo que los tiempos modernos aprecian al máximo: el lujo y la ostentación. Sólo el dinero tiene importancia. Es manifiesto que si los hombres jóvenes no tuvieran estos gustos de lujo, incompatibles con su situación, esta actitud errónea desaparecería. Por otra parte, alabar como ricos en recursos a jóvenes

ahorrativos y parcos, es completamente despreciable. La frugalidad equivale a la ausencia del sentido del «giri» (obligaciones sociales y personales).

¿Necesito añadir que un Samurái que se olvida de sus obligaciones hacia los demás es despreciable, cobarde e indigno?



*Sobre la caligrafía y los
Samurái*

Cuando me dirigí a Yasaburo para tomar ejemplo de su arte caligráfico, me dijo:

«Deberás de escribir con caracteres suficientemente grandes como para que uno solo cubriera toda la hoja y con suficiente vigor como para rasgarla. La habilidad en la caligrafía depende del espíritu y de la energía con la que se ejecuta. El Samurái debe obrar sin dudar; sin confesar el más mínimo cansancio ni el más mínimo desánimo hasta concluir su tarea. Eso es todo».

Y continuó escribiendo.

Según el sabio confucionista Ittei Ishida, todo calígrafo, incluso mediocre,

puede aprender a escribir de una manera correcta si sigue cuidadosamente las líneas de un cuaderno.

Se puede decir la misma cosa al servicio de un Samurái. Si toma por modelo un buen Samurái, el éxito es posible. Desgraciadamente, en el momento presente no hay ningún Samurái que merezca realmente ser imitado, así que uno debe crearse idealmente un modelo que imitar. El modo de crear tal modelo es imaginar cuál de los que están en torno a nosotros sabe cómo conformarse al protocolo, a la rectitud y a las conveniencias; cuál demuestra la mayor valentía; cuál es el más elocuente; cuál es aquél cuyo

comportamiento es el más irreprochable; cuál es el más íntegro; cuál tiene el mayor espíritu de decisión en caso de crisis.

A partir de todos estos elementos, es necesario imaginar un ser reuniendo todas estas cualidades. La síntesis constituirá un excelente modelo, digno de ser imitado. Es cierto que en todo arte es muy difícil aprender los puntos fuertes del maestro, pero en cambio, sus puntos débiles son imitados fácilmente. Estos no son, desde luego, de ninguna utilidad para sus discípulos. Por ejemplo, algunos conocen perfectamente la etiqueta pero no son íntegros.

Cuando uno intenta tomar por

modelo este tipo de persona, siempre tiene tendencia a descuidar la etiqueta y a no imitar más que la ausencia de integridad.

Cuando uno aprende a apreciar los puntos fuertes de los demás, cada persona puede volverse un maestro en público. Si es negligente cuando está en período de descanso, el público sólo lo percibirá bajo esta apariencia.

Sobre el imponerse a los demás

Retirarse silenciosamente cuando el amo habla de uno, en buenos o malos

términos, indica perplejidad.

Se debe poder dar una respuesta apropiada y estar decidido previamente.

Cuando se os encargue una cierta función, la alegría o el orgullo que vosotros sentiréis se reflejará en vuestro rostro y eso no es conveniente. Algunos, conscientes de sus fallos, piensan:

«Soy torpe pero debo cumplir, cueste lo que cueste, mi misión. ¿Cómo la voy a llevar a cabo? Esto puede ocasionarme muchos motivos de ansiedad».

Aunque estas palabras no sean pronunciadas, se reflejarán claramente en vuestro rostro. Esto es una prueba de modestia. Por la inconstancia y ligereza,

nos alejamos de la Vía y nos comportamos como novicios. Entonces somos fuente de molestias.

El año pasado, en el curso de una reunión, un hombre expuso su punto de vista y afirmó que estaba dispuesto a matar al animador de la reunión si su opinión no era aceptada. Su moción fue aceptada. Cuando todos los procedimientos fueron terminados, dijo:

«Han dado su consentimiento demasiado rápidamente. Pienso que son débiles y no son dignos de ser los consejeros de su amo».

Cuando una reunión oficial es extremadamente seria y alguien introduce, con ligereza, temas diferentes

los participantes expresan su despecho y se enfadan. Esto no está bien. En tales momentos la etiqueta de Samurái consiste en permanecer calmado y tratar a la persona con benevolencia. Maltratar a alguien es una conducta digna de un lacayo.

Hay momentos en los que uno tiene realmente necesidad de los demás. Si esto se repite a menudo, éstos acaban por encontrarlo inoportuno y desplazado.

Para ciertas cosas, más vale no tener que depender de los demás.

Sobre el mucho aparentar

Había un hombre en China al que gustaban mucho las imágenes representando a dragones. Todos sus muebles y vestidos estaban decorados con este emblema.

El dios de los dragones advirtió este amor profundo y un día, un auténtico dragón se presentó en su ventana. Se dice que el hombre se murió del susto...

Era seguramente un charlatán que se hubiera revelado como tal en el momento de la acción.

Sobre la concentración

Era un maestro del arte de la lanza.

En el momento de su muerte llamó a su mejor discípulo y le declaró:

«Te he transmitido todas las técnicas secretas de nuestra escuela. Si piensas aceptar ahora a un discípulo, debes practicar enseguida con diligencia, y cada día, con el sable de madera. La superioridad no es una cuestión de técnicas secretas».

Del mismo modo, en la enseñanza de un maestro de Renga, se dice que la víspera del concurso de poesía debe calmar su espíritu y consultar una antología de poesías.

Es necesario saberse concentrar sobre una sola cosa.

Todos los oficios deben ser

ejercidos con concentración.

Sobre como animar a un Amigo

Cuando se visita a un Samurái golpeado por la desgracia, lo que se le diga para animarlo es de una extremada importancia.

Él será, en efecto, capaz de discernir a través de nuestras palabras los móviles verdaderos que animan a su interlocutor.

Para animar a un amigo en dificultades el secreto a revelarse es el siguiente: un verdadero Samurái no debe

pavonearse ni perder confianza.

Debe ir siempre hacia delante, sino no avanzará y será totalmente inútil

Sobre las palabras

Se dice que no hay que dudar jamás en corregirse cuando uno a cometido un error. La falta desaparece rápidamente si uno se corrige sin demora.

Cuando se intenta remediar un error, ello se vuelve desplazado y doloroso.

Cuando se dice algo que no se debería haberse dicho, si uno se autocrítica rápida y claramente, aquello se olvida pronto y ya no hay necesidad

de preocuparse. Pero si alguien os censura, hay que saber contestar:

«Os he dado las razones de mis propósitos inconsiderados, yo no veo nada más que hacer si no las aceptáis. Puesto que he dicho esto sin querer, deberá pasar como si nadie lo hubiera oído. Nadie puede sustraerse a una reprimenda».

Morooka Hikoemon fue requerido un día para confirmar la verdad de sus palabras respecto a un asunto. Pero él contestó:

«La palabra de un Samurái es más firme que el metal. Dado que estoy impregnado de este principio, ¿qué más pueden aportar los dioses y los

Budas? ».

El juramento fue anulado.

Esta historia ocurrió cuando él tenía veintiséis años.

Sobre la actitud durante la tormenta

Existe lo que se llama la actitud durante la tormenta. Cuando uno es sorprendido por una repentina tormenta, se puede o bien correr lo más aprisa posible o bien colocarse rápidamente bajo los aleros de las casas que bordean el camino.

De todos modos, nos mojaremos.

Si uno ya estuviera preparado mentalmente a la idea de estar mojado, se estaría a fin de cuentas muy poco contrariado con la llegada de la lluvia.

Se puede aplicar este principio con provecho en todas las situaciones.

Sobre ganar desde el principio

Cuando ya era anciano, Tetsuzan hizo un día la reflexión siguiente:

«Tenía tendencia a pensar que el combate a manos desnudas difería del Sumo, debido a que no tenía importancia ser tirado al suelo al

principio, ya que lo esencial era ganar al final del combate. Recientemente he cambiado mi punto de vista. Se me ha ocurrido que si un juez toma la decisión de parar el combate en el momento en que uno se encuentra en el suelo, os declarará vencido. Hay que ganar desde el principio para salir victorioso siempre».

Sobre como la amistad se mide en la adversidad

Se dice:

«Si quieres sondear el corazón de un amigo, ponte enfermo».

Una persona a la que consideráis amiga cuando todo te va bien, y que os da la espalda como un extraño en caso de enfermedad o de infortunio, no es más que un cobarde.

Es mucho más correcto cuando un amigo debe enfrentarse con el infortunio, estar cerca de él, visitarlo y socorrerlo.

Un Samurái no debe jamás, mientras viva, permitirse distanciarse de aquellos de los que es deudor espiritualmente.

He aquí por lo tanto un medio para medir los verdaderos sentimientos de un hombre.

La mayor parte del tiempo nosotros nos dirigimos a los demás para pedirles ayuda y luego los olvidamos en cuanto

la crisis ha pasado.

Sobre la muerte

Alguien hizo un día el comentario siguiente:

«Se piensa generalmente que nada es más difícil que ser Ronin; que cuando este destino golpea a un hombre, se pierde confianza en él y se le abandona. En verdad, ser Ronin es algo muy diferente de lo que yo me había imaginado y es un estado menos desagradable de lo que parece. Me gustaría, en verdad, volver a ser un Ronin».

Coincido con esta opinión.

La misma actitud puede prevalecer en lo que concierne a la muerte.

Si un Samurái se acostumbra, día a día, a la idea de la muerte, será capaz de morir con toda tranquilidad cuando llegue el momento.

Al igual que cuando ocurren los desastres, que por lo general no son tan terribles como uno se los había imaginado, es totalmente ridículo lamentarse por adelantado y sin cesar.

Más vale prepararse desde el principio a la idea de que el destino final del Samurái dedicado al servicio de un Señor es hacerse sepuoku o terminar Ronin.

Sobre el éxito y fracaso

La bondad o la maldad del carácter de un individuo no se reflejan en el éxito momentáneo o en el fracaso, aquí abajo.

El éxito o el fracaso no son, a fin de cuentas, más que manifestaciones de la Naturaleza.

El bien y el mal son, sin embargo, naturalezas humanas. No obstante, es cómodo, por razones didácticas, expresarse como si el éxito o el fracaso en el mundo fueran el resultado directo de un buen o mal carácter.

Quien calcula es un cobarde

Un hombre que está siempre calculando es un cobarde.

Digo esto porqué las suposiciones siempre tienen una relación con las ideas de provecho y de pérdida; el individuo que las hace está siempre preocupado por las nociones de ganancia o pérdida.

Morir es una pérdida, vivir una ganancia y es así que se decide a menudo no morir.

Esto es cobardía.

Del mismo modo, un hombre que ha recibido una buena educación puede camuflar, con su inteligencia y su elocuencia, su pusilanimidad o su estupidez, que son su verdadera

naturaleza.

Mucha gente no se da cuenta.

Sobre la Vía del Samurái

El Señor Naoshige dijo:

«La vía del Samurái es la pasión por la muerte. Incluso diez hombres son incapaces de desviar a un hombre animado hacia tal convicción».

No se pueden llevar a cabo grandes hazañas cuando se está en una disposición anímica normal. Hay que volverse fanático y desarrollar la pasión de la muerte. Si uno cuenta sobre el tiempo para acrecentar su poder de

discernimiento, corre el riesgo de que sea demasiado tarde para ponerlo en práctica. La lealtad y la piedad filial son algo suplementario en la Vía del Samurái; lo que uno necesita es la pasión por la muerte. Todo el resto vendrá por añadidura de esta pasión.

El famoso Samurái Kirano Suke Shida dijo:

«Si sois totalmente desconocido, entre morir o vivir, más vale escoger vivir».

Shida era un Samurái fuera de lo corriente. Los jóvenes han interpretado frecuentemente mal lo que ha dicho, pensando equivocadamente que se hacía el abogado de una conducta deshonrosa.

En un post-scriptum, escribió:

«Si uno duda entre comer y no comer, más vale abstenerse. Cuando uno no puede decidirse entre vivir o morir, entonces más vale morir».

Sobre la educación de los hijos del Samurái

Hay una manera de educar a los hijos de Samurái. En su infancia se ha de favorecer su bravura y evitar darles miedo frívolamente o burlarse de ellos.

Si una persona se ve afectada por la cobardía cuando es niño, queda una cicatriz para toda la vida.

Es un error de los padres que, sin reflexionar, hagan temer a los niños los relámpagos, los sitios oscuros, o contarles cosas terroríficas para provocar sus lloros. Más aún, si un niño es reñido severamente se volverá tímido.

No debe tolerarse que se formen malos hábitos. Después que se ha formado un mal hábito, aunque se reprenda al niño, ya no mejorará. Para cosas tales como el hablar correctamente o tener un buen comportamiento hay que volver gradualmente al niño consciente de ello.

No dejéis que el niño conozca la avaricia. Otra cosa más, si tiene una

naturaleza normal, se desarrollará siguiendo el camino que se le marque. Otro punto más a tener en cuenta es que si los padres tienen una mala relación, el niño no tendrá sentimientos filiales. Esto es natural. Incluso los pájaros y las bestias se sienten afectados por lo que ven en el momento de nacer.

Por lo tanto, las relaciones entre padre e hijo se pueden deteriorar debido a la inconsciencia de la madre. Una madre quiere a su hijo por encima de todas las cosas y no será imparcial con él cuando es corregido por el padre. Si se vuelve una aliada del niño, tal cosa sembrará la discordia entre el padre y el hijo. Debido a la estrechez de su mente,

una mujer ve a su hijo como el sostén de su vejez.

Sobre la distracción

Seréis confundidos por la gente cuando vuestra resolución sea débil. Más aún, si en una reunión estáis distraído cuando otra persona esté hablando, por vuestro descuido podéis pensar que coincidís con su opinión y le vais a seguir diciendo: «De acuerdo, de acuerdo», incluso cuando esté diciendo algo contrario a vuestros propios sentimientos, y los demás pensarán que estáis de acuerdo con ello. Por esto,

nunca debéis distraeros ni un instante cuando tengáis una reunión con otras personas.

Cuando estéis escuchando una historia o estén hablando con vosotros, deberéis ser cuidadosos para evitar veros confundidos; y si hay algo con lo que no estéis de acuerdo, exponed vuestra opinión, mostradle su error a vuestro oponente, esforzaos en resolver la situación. Incluso en asuntos poco importantes, los malentendidos provienen de cosas pequeñas. Uno debe ser cauteloso en este aspecto. Más aún, es mejor no colaborar con gente de la que ya habéis tenido dudas anteriormente. No importa lo que hagáis,

será gente que siempre os confundirá o absorberá. Para estar seguro en este tipo de asuntos debéis tener mucha experiencia.

Sobre la desgracia y los inconvenientes

No es bastante evitar sentirse desanimado cuando llega una desgracia como prueba. Cuando llega una desgracia, el Samurái debe alegrarse y coger la suerte que le es ofrecida por poder emplear así su energía y su valentía. Esta actitud difiere radicalmente de la simple resignación.

Cuando la marea sube, el barco flota...

Cuando se ha oído hablar de las hazañas de un Maestro, pensar que cualquier cosa que uno haga no podrá jamás igualarlo, es la señal de un alma mezquina. Se debe pensar, lo contrario; «Si el Maestro es un hombre como yo, ¿por qué yo he de ser inferior?». En cuanto un Samurái se decide contestar a este desafío contra sí mismo, ya está en camino de la mejoría.

Ittei Ishida dijo:

«Un hombre reconocido como sabio por los otros, sólo adquiere esta reputación porque ha comenzado a profundizar sus conocimientos desde su más tierna infancia. Nunca es el

resultado de un aprendizaje tardío, incluso cuando éste es difícil».

En otras palabras, en el momento en que un ser toma la resolución de llegar a la perfección, puede esperar un día y experimentar la iluminación.

Sobre la atención y los errores

Un Samurái debe prestar atención a sus hechos y gestos para evitar cometer errores de conducta, no importa lo pequeños que aquellos sean. Ocurre que, por descuido, un Samurái no controla su mente y llega a pensar reflexiones de

este tipo: «Decididamente; soy un cobarde» o «Si esto ocurre, corramos para preservar nuestras vidas» o «Cuán terrorífico es esto», «¡Ay!», etc.

Tales exclamaciones no deben ser jamás proferidas por un Samurái aunque sea para mofarse o reírse, ni por descuido, ni siquiera soñando, ni en ninguna otra situación.

Un ser perspicaz adivinaría rápidamente la naturaleza verdadera de la persona que hubiera pronunciado tales palabras. Uno debe estar siempre en guardia.

Sobre las relaciones

Las malas relaciones existentes entre los actuales gobernantes y los precedentes, entre el padre y el hijo, entre el hermano mayor y el pequeño están motivadas por razones egoístas. La prueba es que no hay tales relaciones entre maestro y servidor.

Sobre las decisiones

Un viejo proverbio dice:

«Decidios en el espacio de siete soplos».

El Señor Takanobu Ryuzoti hizo un día este comentario:

«Si un hombre tarda demasiado en

tomar una decisión, se duerme».

El Señor Naoshige dijo también:

«Si uno se lanza sin vigor, siete de cada diez acciones no llegan a término».

Es verdaderamente difícil tomar decisiones en estado de agitación. Por consiguiente, si sin ocuparse de las consecuencias menores, uno se enfrenta a los problemas con la mente afilada como una navaja, siempre se encuentra la solución en menos tiempo del preciso para hacer siete soplos.

Hay que considerar los problemas con calma y determinación.

Sobre el orgullo

El que tiene pocos conocimientos se vuelve rápidamente pretencioso y se recrea en la idea de ser considerado como un hombre competente.

Los que se enorgullecen de sus talentos y se estiman superiores a sus contemporáneos serán inevitablemente castigados por alguna manifestación del Cielo.

Un hombre que no sepa hacerse apreciar de los otros no será de utilidad a nadie a pesar de su alta competencia. El que trabaja arduamente y sabe permanecer modesto; el que se alegra de

la posición subordinada que ocupa al mismo tiempo que respeta a sus iguales, será altamente estimado.

«Levantaos a la Octava»

El colmo de la locura para un Samurái es perder el control de sí mismo, si por desgracia queda reducido al estado de Ronin o se encuentra enfrentado a algún revés de fortuna del mismo tipo.

En el tiempo del Señor Katsushige, los Samurái tenían una divisa favorita: *«Si no habéis sido Ronin siete veces, no podréis reivindicar efectivamente el*

título verdadero de Samurái. Tropezad y caed siete veces, pero levantaos a la octava».

Manifiestamente, Hyogo Naritomi había sido, según se dice, siete veces Ronin.

Un Samurái al servicio de un Daimyo debe ser como un muñeco «tentempié» que se levanta cada vez que uno lo inclina.

En verdad, sería una excelente idea para el Daimyo devolver a sus discípulos la libertad para someter a prueba su fuerza espiritual.

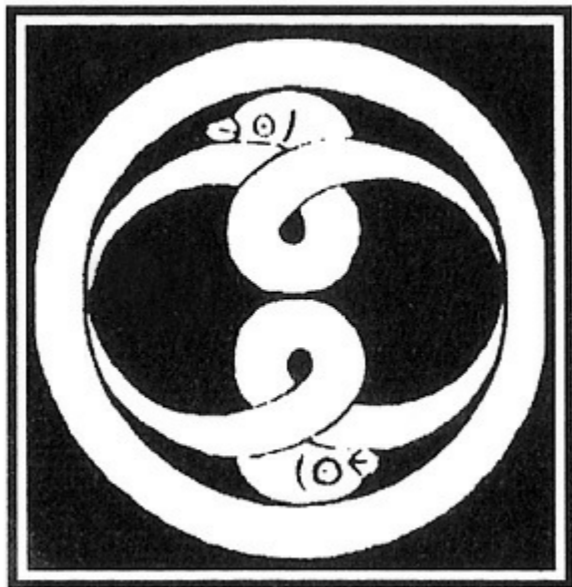
Sobre el trato a los subordinados

En un poema a la gloria de Yoshitune, se dice:

«Un general debe dirigirse frecuentemente a sus soldados».

Las personas que sirven a un amo estarán tanto más dispuestas a consagrar su vida a su servicio, cuando su amo les alabe en circunstancias excepcionales, así como en la vida corriente, de la forma: *«Me habéis servido muy bien»*, *«Debéis ser muy cuidadoso con esto o lo otro»* o *«Ahora tengo un servidor de primera clase»*.

Estos comentarios atentos son de una gran importancia.



Sobre la auto-perfección

Si deseáis perfeccionaros, la mejor manera de hacerlo es solicitar la opinión de los otros y buscar sus críticas.

La mayor parte de las personas intentan perfeccionarse fiándose en su sola facultad de apreciación.

El único resultado que consiguen es que no hacen progresos significativos.

Los hombres que buscan las críticas de los demás son ya superiores a ellos. La primera palabra pronunciada por un Samurái, en cualquier circunstancia, es extremadamente importante. Revela por esta palabra todo su valor.

En tiempos de paz, el lenguaje firma el valor. Pero, del mismo modo, en tiempos de guerra y destrucción, la gran bravura puede revelarse por una única palabra. Se puede decir entonces que esta palabra única es la flor del alma.

Un Samurái debe siempre evitar quejarse, incluso en la vida corriente. Debe estar en guardia para no dejar escapar jamás una palabra que demuestre su debilidad. Una indicación anodina hecha por inadvertencia indica frecuentemente el valor del que la ha hecho.

Un hombre cuya reputación se basa sobre su habilidad para realizar una técnica precisa, es insignificante.

Concentrando toda su energía en un solo objeto, se ha vuelto desde luego excelente en aquello, pero se ha abstenido de interesarse en otras cosas. Un hombre así no es de ninguna utilidad.

Sobre los consejos

Son numerosas las personas que dan consejos, pero escasas son las que los reciben con reconocimiento, y todavía más raros los que los siguen.

Después de los 30 años, el hombre se vuelve, por lo general, insensible a los consejos. Cuando los consejos ya no le alcanzan se vuelve rápidamente

engreído y egoísta. Añade, para el resto de sus días la imprudencia a la estupidez, lo que irremediablemente causará su pérdida. Es por ello que es indispensable descubrir a alguien capaz de discernir, ligándose fuertemente a él para recibir su enseñanza.

Un Samurái que no concede ningún interés a la riqueza y al honor, acaba habitualmente por volverse insignificante y envidioso. Este hombre es a la vez vano e inútil, y acaba por revelarse inferior a aquel mismo cuyos únicos móviles son la ambición, el dinero y la fama. No es de ninguna utilidad inmediata.

Hasta la edad de cuarenta años un

Samurái debe vigilar el no dejarse seducir por la sabiduría y el sentido del juicio. Debe depender únicamente de sus capacidades y de su fuerza de carácter. Cuanto mayor sea esta última, mejor será el Samurái. Aun habiendo superado los 40 años, pero esto depende del individuo y de su posición social, un Samurái no es nada si no tiene fuerza de carácter.

Sobre la determinación

Cualquiera que sea la meta, no es imposible de conseguir cuando uno está determinado. Se puede entonces

remover cielo y tierra según convenga. Pero cuando el hombre no tenga «el corazón en el Hara», no se puede persuadir de ello. Remover cielo y tierra sin esfuerzos es una simple cuestión de concentración.

Es bueno desarrollar su potencia hasta la edad de cuarenta años. En cambio es aconsejable «calmarse» a partir de los cincuenta.

Cuando alguien os da su opinión, hay que saber aceptar con gratitud incluso si no resulta de ningún interés. Solo con esta condición os comunicará lo que ha oído decir de vosotros.

Es bueno dar y recibir avisos de una manera amistosa.

Si en el campo de batalla no dejáis a nadie al cuidado de conducir el asalto y sois vosotros quienes tenéis la firme intención de penetrar en las filas enemigas, no caeréis, vuestro espíritu será bravo y manifestaréis vuestro valor marcial. Este consejo es una herencia de los antiguos. Por otro lado, si debéis ser derribado en el curso de un combate, estad decidido a serlo frente al enemigo.

Sobre el fundamento de las cosas

Conozco un sacerdote que pretende resolverlo todo gracias a su

extraordinaria inteligencia. No hay ningún otro en todo Japón que le sea comparable. Esto no es muy sorprendente ya que simplemente nadie percibe el fundamento de las cosas.

Sobre la vejez

La vejez llega cuando uno se limita a hacer las cosas a las que se es proclive.

Mientras el vigor persiste, uno puede ir en contra de esta inclinación; cuando él se debilita, las verdaderas tendencias aparecen y nos perturban.

Existen diferentes manifestaciones de este estado pero, alcanzados los

sesenta años, nadie escapa a ello. Pensar que uno no será jamás senil, es serlo ya.

Así uno puede considerar la argumentación del maestro Ittei como la de una persona senil, cuando quiso probar que él era el único que podía ayudar a la Casa Nabeshima. Fue a hablar con los poderosos de diferentes familias, pero mostraba ya señales de senilidad. Todo el mundo pensó en su momento que era un acto razonable; pero si reflexiono mejor, me doy cuenta que era un acto de debilidad.

Por mi parte, gracias a este ejemplo y debido a la sensación que tengo de retornar a la infancia, he rehusado la

invitación a la ceremonia del templo por el aniversario de la muerte el Señor Mitsushige y he decidido permanecer cada vez más recluido en mi casa.

Uno debe tener la clarividencia de lo que nos va a ocurrir.

Sobre los errores

Según una historia de Ryutaji, había un experto en el I Ching en la región de Kamigata, que habría dicho que, incluso tratándose de un sacerdote, es inútil dar una posición a un hombre antes de los cuarenta años, por la buena razón de que hasta entonces comete numerosos

errores.

Confucio no fue el único que tuvo el espíritu sereno después de los cuarenta años. Hasta esa edad, tanto el sabio como el insensato han acumulado numerosas experiencias formadoras y luego cesan de estar indecisos frente a la existencia.

En lo que concierne al valor marcial, es más meritorio morir por su amo que matar a un enemigo. Es en este sentido que se puede comprender la devoción de Sato Tsugunobu.

Cuando yo era joven, tenía un «diario de lamentaciones» en el cual mencionaba día tras día mis errores. Pero no pasaba un solo día sin que yo

tuviera que abrirlo veinte o treinta veces. Es así como acabé dándome cuenta de que siempre sería así y decidí abandonarlo.

Hoy en día, cuando medito, antes de irme a dormir, sobre la jornada transcurrida, no hay un día en el cual yo no haya cometido algún fallo de palabra o de acción.

Vivir sin cometer errores es casi imposible, pero «los intelectuales» distan mucho de admitirlo.

Sobre la lectura

Cuando se lee un texto en voz alta,

hay que hacerlo con el vientre (Hara). Cuando se lee con la boca y la garganta, uno se cansa deprisa. Esto es una enseñanza de Nakamo Shikibu.

Sobre la compasión

Lo que se llama generosidad es realmente compasión.

En el «Shin'ei» está escrito:

«Mirando con el ojo de la compasión, no hay nadie que no merezca ser amado. El que ha pecado debe despertar todavía más nuestra piedad».

No hay límite para la anchura y

profundidad de nuestro corazón. Hay espacio para todo. Por esto todavía adoramos a los sabios de los tres antiguos reinos (India, China y Japón) debido a que su compasión todavía nos alcanza a nosotros actualmente.

Cualquier cosa que hagáis, tenéis que hacerla para el bien de vuestro amo, vuestros parientes, la gente en general y la posteridad. Esto es la gran compasión. El amor y la sabiduría que vienen de esto son el amor real y la sabiduría real.

Cuando uno castiga o lucha con el corazón compasivo, todo lo que haga será sin límites en la fuerza y la corrección. Hacer una cosa sólo en el

propio beneficio es superficial y se vuelve negativo. Yo comprendí hace tiempo los temas de la sabiduría y la bravura.

Ahora estoy justamente empezando a entender el tema de la compasión. El Señor Ieyasu dijo:

«El fundamento para gobernar un país en paz es la compasión; cuando uno considera al pueblo como a su propio hijo, el pueblo lo considera a uno como su propio padre».

Además ¿No ha de pensarse que los nombres del «padre del grupo» y «niño del grupo» (es decir jefe del grupo y miembro) provienen de los armoniosos corazones de una relación padre-hijo?

Es de esta manera que ha de comprenderse que la frase del Señor Naoshige:

«Un buscador de faltas vendrá para ser castigado por los otros», viene de su compasión y su sentencia:

«El principio está más allá de la razón» también tiene que ser considerado como fruto de la compasión.

Él afirmó con entusiasmo que uno tiene que probar lo ilimitado.

Sobre la caligrafía

El Maestro Ittei decía:

«El progreso en caligrafía consiste en crear la armonía entre el pergamino, el pincel y la tinta».

¡Tienen tanta tendencia a estar desunidas!

El Monje Tannen decía:

«Podría ocurrir que un servidor inteligente no ascendiera. Pero tampoco hay casos en donde un servidor estúpido haya podido salir del montón».

Sobre aceptar el sufrimiento

El Maestro Ittei dijo también:

«Para actuar correctamente, en una

sola palabra: es necesario soportar el sufrimiento».

No aceptar sufrir es malo. Es un sufrimiento que no tiene ninguna excepción.

Sobre hacer demasiado

Según los antiguos, un Samurái debe hacerse notar mediante su excesiva tenacidad.

Una cosa hecha con moderación puede ser juzgada insuficiente. Es necesario «hacer demasiado» para no cometer errores. Es el tipo de principio que no es necesario olvidar.

Cuando uno ha decidido matar a alguien, incluso si la empresa parece difícil de realizar, sin duda no sirve de nada intentarlo hacer con medios desviados. El corazón puede flaquear, la ocasión puede faltar y, a fin de cuentas, todo puede fracasar.

La Vía del Samurái es la de la acción inmediata y por ello es preferible «lanzar la cabeza primero».

Una vez, un hombre iba de camino para ir a escuchar los Sutras en el Jissoin en Kawakami. Uno de sus pajes se emborrachó y buscó pelea con uno de los marinos. Cuando se acercaron, el paje desenvainó su sable y el marino, cogiendo una percha, lo golpeó en la

cabeza. En el mismo momento, los otros marinos cogieron remos y ya iban a golpear al paje cuando el amo llegó. Hizo ver que no se daba cuenta de nada y entonces otro paje fue a pedir excusas a los marinos. Calmó a su compañero y lo acompañó hasta su casa, pero entonces se dio cuenta de que le habían robado su sable.

La lección que es necesario extraer es la siguiente: en primer lugar, no haber desaprobado y sancionado al paje en el barco es una negligencia del amo; luego, incluso si el paje había actuado sin consideración, en cuanto fue golpeado en la cabeza ya no había lugar para excusarse. El amo debería haber ido

hacia el paje borracho y el marino, como si fuera a excusarse y luego haberlos matado a los dos. Es evidente que este amo no tenía «Espíritu».

El Señor Naoshige dijo:

«El valor de un antepasado se mide por el comportamiento de sus hijos. Un hijo debe actuar de modo que honre a su antepasado y no de modo que lo deshonre. Esto es realmente la piedad filial».

Cuando Nakano Shogen hizo Seppuku, los miembros de su clan, reunidos en casa de Oki Hyobu, hicieron comentarios críticos sobre él. Hyobu les dijo:

«No se debe hablar mal de alguien

que ha muerto y el que ha sido condenado debe despertar particularmente nuestra piedad. Es deber del Samurái elogiarle, aunque sólo fuera un poco. No hay duda de que dentro de veinte años se dirá de Shogen que era un servidor fiel». Estos comentarios son los de un hombre maduro.

Cuando uno conoce a alguien, debería captar rápidamente su carácter y reaccionar de manera adecuada para cada persona.

Cuando uno se encuentra con alguien a quien le gusta argumentar, es necesario enfrentarse a él y ganarlo por la superioridad de la lógica, pero sin ser

demasiado severo, para evitar que quede un resentimiento.

Es a la vez algo del corazón y algo de palabras.

Este consejo fue dado por un sacerdote.

Sobre la condición del Samurái

Si se debiera resumir en pocas palabras la condición del Samurái, yo diría que en primer lugar es: «Devoción en cuerpo y alma a un amo».

En segundo lugar yo diría que es necesario «cultivar la inteligencia, la

compasión y la valentía». La posesión de estas tres virtudes reunidas puede parecer imposible al ser común, pero es fácil. La inteligencia no es más que saber conversar de unas cosas u otras con los demás, consiguiendo con ello una sabiduría infinita. La compasión consiste en actuar en bien de los demás comparándose con ellos y dándoles la preferencia.

La valentía es saber apretar los dientes. Es suficiente hacer esto en cualquier circunstancia. Todo lo que está más allá de estas tres virtudes no es útil conocerlo.

En tercer lugar, en lo que concierne al aspecto exterior, es necesario «cuidar

su apariencia, su manera de expresarse y perfeccionarse en caligrafía». Esto no es más que un asunto corriente que es necesario mejorar con una práctica constante.

En la base de todo esto hace falta sentir en nosotros «la presencia de una fuerza tranquila». Cuando ella haya realizado todo esto, será necesario aprender la historia de nuestra tierra y de sus costumbres. Luego podremos estudiar algunas artes recreativas.

Ser un Samurái es, a fin de cuentas, muy simple. Si miráis los que hoy en día son de alguna utilidad, os daréis cuenta que han reunido estas tres condiciones.

Sobre los antiguos Samurái

Los hombres valientes del pasado eran, en su mayoría, ruidosos; su exuberancia era signo de fortaleza y bravura. Como yo dudaba de ello, Tsunetomo me contestó:

«Se puede comprender que su vitalidad poderosa haya hecho de ellos seres rudos y exuberantes».

Hoy en día, los hombres han perdido esta alegría ruidosa porque su vitalidad es menor. La savia se ha agotado pero su carácter ha mejorado. El valor es de otro orden. Que hayan perdido en vitalidad y ganado en dulzura no

significa que posean una menor pasión por la muerte. Esto no tiene nada que ver con la vitalidad. Aunque el Señor Ieyasu no haya ganado jamás una batalla, la posteridad ha dicho de él: «Ieyasu era un general muy valiente». Ninguno de sus Samurái murió en el campo de batalla dando la espalda al enemigo. Todos yacían con la cara vuelta hacia las filas adversarias.

Sobre el fin de las cosas

Yasuda Ukyo hizo el comentario siguiente a propósito de la última copa de vino que se ofrece:

«Sólo el fin de las cosas es importante».

Cuando los invitados se van, decirles adiós con pesar es importante. Si este sentimiento está ausente, se corre el riesgo de parecer harto y todo el placer de la jornada se difumina. Se debe dar sin cesar la impresión de que uno hace algo importante. Esto es posible con un mínimo de comprensión.

Sobre la situación de las cosas y la determinación

Uesugi Kenshin decía:

«Yo no he sabido jamás lo que era

ganar desde el principio al fin; yo solamente he comprendido que no hay que ser jamás inferior a la situación y esto es importante. Es molesto que un Samurái no esté a la altura. Si no estuviéramos constantemente por debajo de la situación, no nos sentiríamos embarazados jamás».

Deberíamos desconfiar de hablar de temas tales como el conocimiento, la moralidad y las costumbres delante de los mayores o las personas de alto rango. Es algo desagradable de oír.

Incluso, aun cuando uno acabara de ser decapitado, todavía deberíamos ser capaces de hacer con seguridad una última cosa. Los últimos instantes de

Nitta Yoshisada lo prueban, si éste hubiera tenido un espíritu débil, se habría caído en el momento exacto en que su cabeza fue cortada. Este también ha sido recientemente el caso de Ono Doken. Estos hechos son relevantes acerca de la determinación. Cuando uno posee valor marcial y determinación, incluso teniendo la cabeza cortada, no muere, siendo como un fantasma vengador.

Sobre lo ilusorio de la vida

Ya sea uno de alto linaje o de origen humilde, rico o pobre, joven o anciano,

ilustrado o no, está destinado a morir.

Nosotros sabemos que esto es ineludible pero nos agarramos a las ramas diciéndonos que los otros morirán antes que nosotros, que seremos el último.

La muerte siempre parece lejana.

¿Acaso no es esto una vista engañosa e inútil?

¿No es una ilusión, un sueño?

No se deberían ver las cosas de una manera que nos indujera a la negligencia. Se debería ser valiente y actuar rápidamente ya que la muerte vendrá tarde o temprano a golpear nuestra puerta.

Sobre la vergüenza y el arrepentimiento

La vergüenza y el arrepentimiento son comparables al hecho de derramar un jarro de agua.

Uno de mis amigos ha sentido compasión escuchando la confesión de aquel que le había robado su sable de gala. Cuando uno quiere reparar sus faltas, sus huellas desaparecen rápidamente.

Una persona de poco conocimiento se da aires de sabio: es una cuestión de inexperiencia. Cuando se domina bien algo, no se destaca en nuestro

comportamiento: una persona así es educada.



Sobre el fanatismo

El monje Keiho cuenta que el Señor Aki había dicho un día que la virtud marcial por excelencia era el fanatismo. He constatado que esto coincidía con mi propia convicción y desde entonces soy cada vez más extremado en mi fanatismo.

Cuando hice la siguiente pregunta:

«¿Qué es lo que no debe hacer jamás un Samurái que esté al servicio de Daimyo?», me fue contestado: «Un Samurái no debe ni beber demasiado, ni estar demasiado seguro de sí mismo, ni darse a la lujuria».

En período de dificultad, estas debilidades sólo tienen pocas ocasiones de ser satisfechas. Así, sólo tienen

consecuencias limitadas. Pero cuando los tiempos mejoran, la vida se vuelve más fácil. Entonces estos tres defectos se vuelven susceptibles de tener consecuencias nefastas.

Examinad de cerca la carrera de personas que conocéis. En cuanto empiezan a palpar el triunfo, se vuelven arrogantes sin medida, se entregan a un lujo imperdonable. Es bueno enfrentarse con dificultades en la juventud porque el que no ha sufrido jamás, no ha templado plenamente su carácter. Un Samurái que se desanima o abandona frente a las pruebas, no es de ninguna utilidad.

Sobre la resolución

En un último análisis, la única cosa que cuenta es la resolución del momento. Un Samurái toma una decisión tras otra y el conjunto llena toda su vida. Una vez que ha comprendido esta regla fundamental ya no tiene que manifestar jamás impaciencia, ni buscar otra cosa que el momento presente. Su existencia fluye naturalmente, se concentra en sus decisiones.

Sin embargo, las personas tienen tendencia a olvidar esta regla de conducta. Aprender a conformarse a sus decisiones sin desviarse, no puede

realizarse sin alcanzar una cierta edad. Incluso cuando uno ha alcanzado la iluminación y si el interesado no tiene plenamente conciencia de ello su determinación está siempre presente.

Si alguien lleva a término aunque sólo sea una resolución, revela así un gesto de lealtad y raramente será perturbado; pues revela así un gesto de lealtad respecto a su fe.

Sobre la nostalgia del pasado

No se pueden cambiar los tiempos en que vivimos, ni evitar el paso del tiempo. El momento en el que las

condiciones de vida se degradan de una manera regular, es la prueba de que uno ha penetrado en la fase última del destino.

Igual que es evidente que no se puede estar permanentemente en primavera o en verano, tampoco se puede disfrutar de un día sin fin; por ello es obrar en vano empeñarse en cambiar la naturaleza de los tiempos actuales para reencontrar los felices días del siglo pasado. Hay que intentar que cada momento resulte tan agradable como sea posible.

El error de los que cultivan la nostalgia del pasado viene de que no captan esta idea. Pero los que sólo

tienen consideración por el momento presente y afectan detestar el pasado, parecen ser muy superficiales.

Sobre el examen cotidiano

Se debe enseñar a los jóvenes Samurái las virtudes marciales, de manera que cada uno de ellos esté convencido de ser el guerrero más bravo de Japón.

Paralelamente, los jóvenes Samurái deben evaluar cotidianamente sus progresos con respecto a la Vía y deshacerse lo más rápidamente posible de sus imperfecciones. Este examen

cotidiano es la condición para alcanzar la meta buscada.

Como marionetas

Reflexionando mientras caminaba, me planteé el que los seres humanos son unas extraordinarias e inteligentes marionetas articuladas.

Aunque no estén suspendidos por hilos, pueden saltar, caminar, hablar. ¡Cuán magníficamente están concebidos!

Pero de aquí al próximo festival budista, pueden morir y venirnos a visitar bajo forma de espíritus. ¡Qué existencia más vana! La gente siempre

parece olvidarlo.

Cuando el Agua Sube...

Hay un proverbio que dice: «Cuando el agua sube, el barco se eleva también».

En otras palabras, frente a las dificultades, las facultades se agudizan. Es cierto que los hombres valientes cultivan seriamente sus facultades cuando las dificultades con las que están enfrentados son importantes.

Es un error imperdonable dejarse abatir por las dificultades.

Ahora es la Hora

El maestro Jocho dijo un día a su yerno Gomojo esta máxima:

«Ahora es la hora y la hora es ahora».

Tenemos tendencia a pensar que la vida cotidiana difiere de lo que es un momento de crisis; así cuando el momento de actuar llega, no estamos nunca en disposición.

Si nos convocan para hablar con el Daimyo o somos enviados a una misión, no encontramos palabras para expresarnos. Estas actitudes indican que continuamente diferenciamos entre «el

tiempo» en el sentido amplio y «el momento presente».

Comprender la expresión: «La hora es ahora» significa prepararse constantemente para un suceso imprevisto. Un Samurái debe siempre estar dispuesto a expresarse claramente en público, a ser convocado frente al Daimyo o incluso a entrevistarse con personalidades oficiales, aun con el mismo Shogún en persona. Poco importa que esto ocurra o no, uno debe de estar dispuesto permanentemente. Esta disponibilidad para actuar, es el método a aplicar para llevar a cabo todas nuestras acciones, tanto en las artes militares como en los deberes cívicos.

Si los dioses ignoran mis rezos, debido a que he sido mancillado por la sangre del enemigo, no puedo hacer nada sino continuar con mis actos de devoción sin preocuparme de la mancha. Incluso, aunque los dioses no aman las manchas de sangre, yo tengo mi propia manera de ver las cosas. No me olvido jamás de mi hora cotidiana de oración. E incluso si en el campo de batalla me salpica la sangre o tropiezo en los cadáveres que yacen a mis pies, tengo confianza en la eficacia de mis rezos dedicados a los dioses para alcanzar el éxito militar o asegurarme una larga vida.

Sobre la fugacidad de la vida y como vivirla

La vida humana sólo dura un instante, es necesario tener la fuerza de vivirla haciendo lo que más nos gusta.

En este mundo fugaz como un sueño, vivir en el sufrimiento no haciendo más que cosas que nos disgustan es una pura locura. Sin embargo, este principio, mal entendido, puede ser nocivo, por ello he decidido no enseñarlo a los jóvenes...

Adoro dormir. En contestación a la situación actual del mundo, pienso que lo mejor que puedo hacer es volver a dormir a mi casa.

Sobre el autoconocimiento

Ocurre a menudo que un hombre que goza de grandes capacidades de juicio y que es consciente de su valor, se vuelva cada vez más arrogante.

Es realmente difícil reconocer las cualidades propias, pero todavía es más difícil admitir las debilidades.

Es el maestro Zen Kaion quien ha hecho estas reflexiones.

Sobre la Dignidad y la Sinceridad

La dignidad de un ser se mide por la impresión exterior que da.

Hay dignidad en el esfuerzo y la asiduidad; en la serenidad y en la discreción. Hay dignidad en la observación de las reglas de conducta y en el recto obrar. También hay dignidad para apretar los dientes y mantener los ojos abiertos; todas estas actitudes son visibles desde el exterior.

Es fundamental actuar siempre con dignidad y sinceridad.

Sobre la Mezquindad

Kazuma Nakano dijo:

«Es un signo de mezquindad y falta de gusto, utilizar un juego de tazas ya gastado, para la ceremonia del té».

Los utensilios nuevos son más convenientes.

Algunas personas pueden pensar que más vale emplear utensilios ya gastados debido al carácter de su origen.

Estas dos concepciones son igualmente erróneas. Los objetos antiguos han sido empleados por personas, ciertamente modestas, pero su gran antigüedad les confiere una cierta nobleza. Los utensilios viejos han dado prueba de su calidad en las manos de gente de alto rango. Es por haber sido detentadas y usadas por su propietario

que han acrecentado su valor. Uno puede tener un razonamiento semejante sobre el deber del Samurái. Un hombre de origen modesto que logra cierto renombre y alcanza una posición social elevada, está dotado manifiestamente de cualidades sobresalientes. Sin embargo, habrá gente que siempre encontrará desagradable codearse con un hombre de genealogía dudosa, que rehúsa siempre considerar como un oficial superior al que no era hasta ahora más que un simple soldado.

Fundamentalmente, un hombre que ha salido del montón, sólo ha podido hacerlo debido a que poseía más habilidad y mérito que los que están

colocados inicialmente en un escalón elevado.

Por ello debemos siempre testimoniarles un mayor respeto.



Pararse y ver

Cuando uno busca algo esencial que realizar, hay que saber mantenerse alejado del Señor de un feudo, de las personalidades oficiales y de los consejeros.

Cuando uno pasa el tiempo «girando en torno» a sus superiores y a estar pendiente de sus comentarios, se hace difícil llevar a cabo los proyectos. Es una máxima que no ha de ser olvidada.

Sobre el murmurar

Está mal murmurar, sin embargo,

tampoco es mejor alabar a alguien en todo momento. Un Samurái debe conocer su talla, observar la disciplina sin distraerse y hablar lo menos posible.

Sobre mantener el tipo

Un hombre valeroso debe permanecer sereno y jamás dar la impresión de estar desbordado.

Sólo las personas insignificantes, cuyo carácter se revela agresivo, buscan la fama a cualquier precio y chocan con todos los que frecuentan.

Retirarse a tiempo con dignidad y no ganar a toda costa.

En un debate o una disputa, algunas veces hay que saber perder pronto, para hacerlo con elegancia.

Del mismo modo, que en la lucha Sumo, para ganar a cualquier precio, uno se pone a hacer trampas, se vuelve peor que un vencido y es, al mismo tiempo, derrotado y carente de elegancia.

Sobre el orgullo

Alguien dijo un día:

«Hay dos tipos de orgullo, el interno y el externo. Un Samurái que no posee los dos es de una utilidad

dudosa».

El orgullo puede ser comparado con la hoja de un sable. Debe afilarse y luego volverse a colocar en la vaina. De vez en cuando, es desenvainada, sostenida y limpiada para volverla a envainar. Si el sable de un Samurái siempre está desenvainado, si está siempre levantado, la gente le temerá y le será difícil tener amigos. Si por el contrario, no lo saca jamás de su vaina, la hoja se enmohecerá y la gente ya no temerá al que lo lleva.

Sobre la intuición súbita

Deberían escucharse con respeto y gratitud las palabras de un hombre de gran experiencia, incluso si habla de cosas que ya sabemos.

Ocurre, a veces, que después de haber oído diez o veinte veces la misma cosa, uno tenga una intuición súbita y que esta intuición trascienda la significación habitual. Hay una tendencia a mirar desde lo alto a la gente anciana y a no tomar en serio sus comentarios.

Pero deberíamos hacer lo contrario, acordándonos que han tenido el beneficio de una larga y real experiencia.

Sobre nuestra Opinión

Como ya lo he subrayado en mis Reflexiones locas (un manual de comportamiento del Samurái redactado para mi yerno Gonojo), el «no va más» del servicio de un Samurái es saber expresar con inteligencia su propia opinión, como lo hacen los hombres cualificados del feudo, que son los consejeros experimentados del Daimyo. Cuando uno ha comprendido esto, poco importa lo que uno piensa o lo que hace. Pero nadie lo ha comprendido hasta ahora.

Hay pocas personas cuya

inteligencia sea suficiente para conformarse a este principio. Algunos, más preocupados de su avance personal, usan de la adulación y de la zalamería para mejorar su situación. Tales personas sólo alimentan bajas ambiciones y no podrán alcanzar el nivel de hombre de estado experimentado. Algunos, más calculadores todavía que estos últimos, no ven ningún interés en volverse buenos Samurái y pasan el tiempo deleitándose con los «Ensayos sobre la pereza» o la poesía de Sagyo. Sin embargo, desde mi punto de vista, Kenko y Sagyo no son más que cobardes, y es porque eran incapaces de

asumir las funciones de Samurái que tratan con desdén estos problemas, prevaleciéndose del título de religiosos retirados del mundo. Aún hoy en día, si bien yo pienso que es bueno para estos bonzos y las personas ancianas consagrarse a esta literatura, es preferible para el que tenga la ambición de ser un verdadero Samurái, que aunque acaparado por su combate para penetrar en el mundo, se esfuerce en servir perfecta y lealmente a su amo. Incluso si para conseguirlo tiene que estar hundido en el seno del infierno.

Sobre la longevidad

El Señor Naoshige durante un viaje pasó por un lugar llamado Chiriki, y alguien le dijo:

«Aquí vive un hombre anciano, cuya edad supera los noventa años. Este hombre es tan afortunado que deberías deteneros para saludarle».

Naoshige escuchó y contestó:

«¿Quién puede ser más desgraciado que este hombre? ¿Cuántos hijos y nietos ha visto ya desaparecer? ¿Dónde está su suerte?».

Y continuó viaje sin saludar al anciano.

Sobre la relajación

Me contaron que el señor Naoshige dijo un día:

«Hay un momento en el que todo el mundo está alegre y amistoso y es el momento cuando uno se relaja. Sin embargo, también hay cosas que uno lamenta, siempre después de haberlas hecho o dicho».

Sobre la confusión

En un lugar llamado Shiroishi, durante una cacería, el amo Katsushige mató a un enorme jabalí. Todos le rodeaban admirándolo por la bestia extraordinaria que acababa de abatir. De

repente, el jabalí dejado por muerto se levantó y cargó. Los miembros del cortejo del amo, sorprendidos, se asustaron y huyeron. En aquel momento, Matabei Nabeshima, rápido como el rayo, disparó sobre el jabalí y lo alcanzó. El amo Katsushige se cubrió el rostro con su manga y exclamó:

«El aire está lleno de polvo».

Evidentemente, hizo este gesto para evitar ver la confusión de los adaladores.

Un hombre, Hyogo Naritomi, dijo un día:

«La verdadera victoria significa la derrota de tu amigo. Ganar a tu aliado significa alcanzar la victoria sobre ti

mismo; es la victoria del espíritu sobre el cuerpo».

Un Samurái tiene el deber cotidiano de cultivar su espíritu y de ejercitar su cuerpo de tal manera que ninguno — entre mil aliados— pueda alcanzarlo. Sin esto, será ciertamente incapaz de derrotar a un enemigo.

Sobre un método secreto

Antes de salir para una misión importante, poned saliva sobre los lóbulos de vuestras orejas, respirad profundamente y tirad y romped un objeto entre vuestras manos. Es un

método secreto. De igual manera, si sentís que la sangre se os sube a la cabeza, colocad saliva sobre vuestros lóbulos de la oreja y os sentiréis mejor inmediatamente.

Se considerará siempre como algo natural la preparación y la competencia de un Samurái, cualquiera que sea la manera extraordinaria en que realiza sus hazañas. Si sus resultados son semejantes a los de sus contemporáneos, se considera que es de poca valía. En cambio, si una persona despreocupada cualquiera realiza algo de manera ligeramente superior al promedio, será alabado grandemente.

Sobre las palabras

La mejor actitud respecto a las palabras es no usarlas. Si pensáis que podéis pasar sin usarlas, no habléis. Lo que debe ser dicho, debe de serlo siempre, de la manera más concisa, lógica y clara posible. Una cantidad sorprendente de personas se ridiculizan hablando sin reflexionar y se desconsideran otro tanto.

Sobre la lealtad a la muerte

La lealtad absoluta al respecto de la muerte, debe ser puesta en práctica

todos los días. Cada amanecer, debemos de comenzar meditando tranquilamente, pensando en el momento último e imaginando las diferente maneras de morir; por una flecha, por un cañonazo, atravesado por un sable, sumergido por las olas, saltando en un incendio, golpeado por un rayo, aplastado por un terremoto, cayéndo desde un risco, víctima de una enfermedad o súbitamente. Debemos comenzar la jornada pensando en la muerte.

Como decía un anciano: *«Cuando abandonáis vuestro tejado, entráis en el reino de los muertos; cuando abandonáis vuestro umbral, encontráis al enemigo»*.

Esta sentencia no preconiza la prudencia sino la firme resolución de morir.

Sobre los pequeños fallos

Si os lanzáis a una empresa, no os preocupéis de los problemas de poca importancia. No es grave que un Samurái se manifieste egoísta de tiempo en tiempo, si por lo demás es perfectamente leal y devoto a su amo, y si es bravo y generoso por regla general. De hecho, es más bien malo ser siempre perfecto en todas las cosas, porque entonces se tiene tendencia a olvidar que

podemos cometer errores.

Un hombre que se lanza a la aventura no puede cometer fallos. En efecto, ¿qué importancia tiene, en un hombre que cultiva el honor y la integridad, cometer un fallo mínimo?

Cuando Nabeshima Tadanao tenía sólo quince años, un criado de las cocinas cometió una mala acción y uno de los guardias quiso matarlo; pero lo que ocurrió es que al final fue el criado quien lo mató. Los Ancianos del clan reclamaron su muerte argumentando que aquel hombre se había salido de su posición y que había vertido la sangre de su adversario. Tadanao, al oír esto dijo: «*¿Qué es la cosa más condenable,*

salir de su rango o apartarse de la vía del Samurái?». ».

Los Ancianos no supieron qué contestar. Entonces Tadanao dijo:

«He leído que cuando el delito no es verdaderamente evidente, el castigo debe ser ligero. Arrestadlo por un tiempo».

Cuando el Señor Katsushige era joven, el Señor Naoshige, su padre, le enseñó esto:

«Para entrenarte a cortar con el sable, ve a cortar la cabeza de algunos condenados a muerte».

Y así hizo. En la plaza, que se encuentra en el interior de la muralla de la Puerta Oeste, había unos hombres

alineados y Katsushige los decapitó uno tras otro. Cuando llegó al décimo, se dio cuenta que era joven y fuerte y dijo: *«Estoy cansado, perdono la vida de este hombre»*.

Y aquel hombre fue indultado.

Cuando el Señor Takanobu estaba en el campo de batalla de Bungo, un mensajero del campo le trajo un regalo, sake y comida. Takanobu iba a hacer el reparto cuando sus hombres se lo impidieron diciendo:

«Los regalos del enemigo están siempre envenenados, General; no deberíais ni siquiera tocarlos».

Takanobu los escuchó y dijo:

«Incluso si la comida está

envenenada, ¿en qué puede cambiar el destino? ¡Haced venir al mensajero!».

Bebió tres grandes copas, ofreció una a aquél, le dio su respuesta y lo mandó de vuelta a su campamento.



*Sobre la hierba de la
cobardía*

El día 28 en la vecindad de la ciudadela, cuando la caída del castillo de Arima, Mitsuse Genbei se sentó sobre un dique, en medio de los campos. Cuando Nakano pasó por allí y le preguntó por qué estaba allí, Mitsuse le contestó:

«Tengo dolores de vientre y no puedo dar un paso más. He enviado a mis hombres al asalto os ruego que toméis el mando».

Este hecho fue repetido por un testigo. Se juzgó que era cobarde y fue condenado a hacerse Seppuku.

Ya hace mucho tiempo, los dolores abdominales eran llamados «Hierba de cobardía». Vienen sin avisar e

inmovilizan al hombre.

Nakamo Uemonnosuke Taaki fue matado el duodécimo día del octavo mes del año Eiroku durante la guerra entre los Señores Goto e Hirai de Suko, en la isla de Kabashima, en la región de Kishima. Antes de ir hacia las líneas enemigas, abrazó a su hijo Shihibu (sobrenombrado más tarde Jin'emon) en el jardín y le dijo:

«Cuando seas mayor consigue el honor por la Vía del Samurái».

Desde entonces, incluso cuando los hijos de su familia eran muy jóvenes, Yamamoto Jin'emon los reunía y les decía:

«Creced y sed guerreros valerosos,

sed diligentes hacia vuestro Señor».

Y añadía:

«Es bueno murmurar estas cosas a sus oídos incluso si son demasiado jóvenes para comprender».

Cuando Sahei Kiyoji, hijo legítimo de Ogawa Toshikiyo, murió, era muy joven. Entre los Samurái hubo un hombre que fue al templo corriendo a hacerse Seppuku.

Sobre asir la Ocasión

Cuando Taku Nagato No kami Yasuyori murió, Koga Yataemon dijo que, al no haber podido devolver a su

amo todos los beneficios que le había dado, iba a hacerse el Sepukku. Kenshin Uesugi hizo un día el comentario siguiente:

«Yo no conozco recetas para asegurar la victoria. Lo que yo sé es que hay que asir toda ocasión y no dejarla escapar jamás».

Este comentario no carece de interés.

Sobre dominar a sus aliados

«Lo que es llamado vencer debe, en primer lugar, dominar a sus aliados», dijo Narutomi Hyogo.

«Dominar a sus aliados es dominarse y dominarse es controlar rigurosamente el cuerpo. Uno se encuentra en una situación comparable a un hombre rodeado de diez mil aliados, ninguno de los cuales le seguirá. Sin previamente dominar el espíritu y el cuerpo, uno no puede vencer a su enemigo».

Quando la rebelión de Shibamara, aunque su armadura se había quedado en el campamento, Shugo Echigen No Kami Tanenao se lanzó a la batalla vestido solamente con un Hakama y una blusa (haori). Se dice que fue encontrado vestido así.

Quando tuvo lugar el ataque al

castillo de Shibamara, Tazaki Geki revistió una armadura, espléndidamente vistosa. El Señor Katsushige se vio contrariado por ello y desde entonces, cada vez que notaba algo excesivo, decía:

«Es la misma cosa que la armadura de Geki».

Teniendo en cuenta esta anécdota, las armaduras y los equipos militares demasiado vistosos pueden ser considerados como señales de debilidad y de falta de fuerza. Revelan la verdadera naturaleza del que los lleva.

Cuando Nabeshima Hizen No Kami Tadanao murió, el Samurái Ezoé Kimbei tomó sus restos mortales y los hizo

consagrar en el monte Koya. Luego se retiró a un lugar apartado, esculpió una estatua de su amo y otra representándole a él haciendo una reverencia ante su amo. A raíz del primer aniversario de la muerte de Tadanao, volvió a su casa y se hizo Sepukku. La estatua fue trasladada más tarde del monte Koya al Koenji.

El Señor Mitsushige tenía en su guardia personal un Samurái llamado Oishi Kosuge. Cuando el Señor iba a su otra residencia de Edo, Kosuge tenía la costumbre de dar vueltas constantemente por sus apartamentos. Cuando consideraba que una zona era peligrosa, desenrollaba allí una estera y pasaba la noche velando. Si llovía, tenía por

abrigo solamente un gran sombrero de bambú y un vestido aceitado; protegido de esta manera, permanecía de pie y vigilaba el lugar a pesar de la lluvia que lo calaba. Hasta que murió no faltó una sola noche a esta regla de prudencia.

A la edad de cinco años, a petición de Jin'emon, su padre, Yamamoto Kichizaemon mató a un perro con un sable; a la edad de quince años tuvo que ejecutar del mismo modo a un criminal. Era la costumbre de la época. Es así cómo el Señor Katsushige, todavía muy joven, mandado por el Señor Katsushige, ejecutó a más de diez condenados sucesivamente. Esta práctica era muy corriente en las clases

altas desde hacía mucho tiempo pero ahora ni siquiera los hijos de las clases inferiores proceden a este tipo de ejecución y ello es una negligencia grave. Decir que se puede vivir sin haber tenido el mérito de matar a un condenado, pues se trata de un crimen, de una vileza y de una mancha, no es más que una excusa. Más bien deberíamos pensar que son los que tienen una débil virtud marcial los que cuidan de no mancharse las manos. Si uno sondea la mente de los que consideran desagradables estas prácticas, se da cuenta que busca excusas que invocan la razón, pues es demasiado sensible para hacerlo. Sin

embargo, Naoshige lo había ordenado porque era una práctica conveniente. El año pasado, fui a un lugar de ejecuciones llamado Kase para comprobar la firmeza de mi mano y he encontrado que era una buena cosa. Me encontré muy bien. Pensar que es impresionante es señal de cobardía.

Sobre vencer la enfermedad

Las enfermedades y otras cosas semejantes se vuelven graves debido a nuestros propios sentimientos. Yo nací cuando mi padre tenía setenta y un años y por eso mismo era un chico enfermizo.

Pero debido a que tenía el deseo de ser útil, incluso en una edad avanzada, tenté la suerte cuando llegó el momento y desde entonces nunca he estado enfermo. Me he abstenido de sexo y he empleado cauterios de moxa. Esto son cosas que indiscutiblemente tienen efecto. Hay un proverbio que dice:

«Aunque uno queme un “mamushi” siete veces, retomará a su forma original».

Esta es mi gran esperanza. Siempre he perseguido una idea: ser capaz de realizar el deseo más íntimo de mi corazón, que es renacer siete veces como miembro de mi clan.

Yamamoto Jin'emon dice que lo

mejor para un Samurái es tener buenos seguidores. Los asuntos militares no son asunto de una persona sola, por más eficaz que intente ser. El dinero es una cosa que uno puede pedir prestado a la gente, pero un hombre bueno no es algo que aparezca repentinamente. Uno debe mantener a un hombre amablemente y bien desde el principio. Y tener seguidores significa no alimentarse sólo uno mismo. Si se divide lo que tiene y alimenta incluso a la gente de menor categoría, será capaz de guardar hombres buenos.

Sobre la valentía

Al final de cada reunión de su clan, Oki Hyobu decía:

«Los jóvenes deben esforzarse en aumentar siempre su determinación y su valentía. Esto sólo podrá hacerse cuando la valentía esté enraizada en el corazón. Cuando el sable se rompe, hay que atacar con las manos. Cuando las manos están amputadas, hay que servirse de los hombros. Cuando los hombros están cortados, hay que morder el cuello de diez o hasta de quince enemigos. Esto es realmente valentía».

Sobre la homosexualidad

Esto fue un comentario de Nakano Shikibu. Cuando uno es joven, puede ser avergonzado toda su vida por actos homosexuales. No comprenderlo es peligroso. Debido a que nadie informa a los jóvenes sobre este tema voy a dar unas indicaciones. Se debe entender que una mujer es fiel a un solo hombre. Sus sentimientos van a una sola persona de por vida. Si ello no es así, es lo mismo que sodomía o prostitución. Es una vergüenza para un guerrero. Ihara Saikaku ha escrito esta famosa sentencia que dice:

«Un adolescente sin un amante adulto es como una mujer sin marido».

Este tipo de persona es ridícula. Un

joven tiene que someter a prueba a un adulto por lo menos cinco años y si está seguro de las intenciones de esta persona puede también pedir las relaciones.

Una persona ligera no entrará profundamente en relación y luego abandonará a su amante. Si uno puede asistir y entregar su vida el uno al otro, entonces su naturaleza podrá ser averiguada. Pero si uno de los dos no es honesto, el otro tiene que decir que hay obstáculos a la relación y apartarse con firmeza. Si el primero pregunta qué obstáculos hay, el otro tiene que decir que no se lo dirá en su vida. Si el primero insiste, uno tiene que enfadarse,

si continúa apretando entonces hay que matarlo. De ello se sigue que el hombre adulto tiene que descubrir los motivos del joven en la manera descrita. Si el joven se puede entregar él mismo y estar en esta situación por cinco o seis años, entonces será de confianza. Ante todo no se tiene que dividir un camino en dos. Hay que esforzarse en seguir la Vía del Samurái.

Hoshino Ryotetsu fue el progenitor de la homosexualidad en nuestra provincia y a pesar de que tuvo numerosos seguidores, instruyó a cada uno de ellos individualmente. Edayoshi Saburozaemon fue un hombre que comprendió el fundamento de la

homosexualidad.

Un día, cuando acompañaba su amo a Edo, Ryotetsu preguntó a Saburozaemon:

«¿Qué es lo que has comprendido de la homosexualidad?». Saburozaemon contestó:

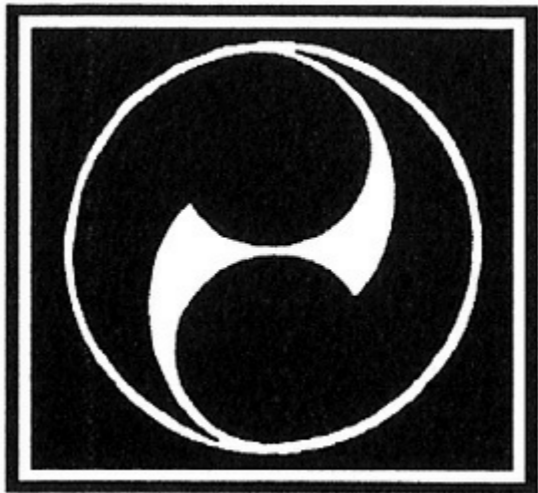
«Es algo agradable y desagradable al mismo tiempo».

Ryotetsu estuvo contento por esta respuesta y dijo:

«Habéis reflexionado largo tiempo y con esfuerzo para contestar de esta manera».

Unos años después una persona preguntó a Saburozaemon el sentido de esta respuesta. Contestó:

«Entregar su vida por otro es el principio básico de la homosexualidad. Si esto no es así, es motivo de vergüenza. Sin embargo, luego ya no habéis abandonado nada por entregaros a vuestro amo. Por ello se dice que es algo simultáneamente agradable y desagradable».



Sobre los buenos hábitos

En la duodécima sección del capítulo cincuenta del Ryoan-kyo, figura la siguiente anécdota:

En la provincia de Hizen, vivía un hombre originario de Taku. Tenía la viruela pero quiso, a pesar de esto, reunirse con las fuerzas que salían para asaltar el castillo de Shimaba. Sus parientes intentaron disuadirlo: «Con una enfermedad tan grave, incluso si llegas allí, no servirás para nada». «Estaré satisfecho incluso si muero en el camino. Mi maestro me ha acogido en su generosa bondad. ¿Cómo podría yo ahora no serle de alguna utilidad?». Fue hacia las filas enemigas. Era invierno y a pesar del frío no cuidó de su salud. No se vistió más de lo acostumbrado y no abandonó su armadura. No tomó remedios contra

su enfermedad. Pero acabó por restablecerse.

Ocurrió, pues, lo contrario de lo que se esperaba, no fue necesario estar a la infección. Cuando el Señor Suzuki Shozo conoció esto, dijo: «¿Acaso no es purificarse el sacrificar así su vida? Un hombre que entrega su vida en nombre de la rectitud, no tiene necesidad de invocar el Dios de la viruela. Todos los Dioses del cielo lo protegen».

Sobre la solidaridad

Hace unos años, cuando hubo una

recitación de sutras en el Jissoin de Kawakami, cinco o seis hombres de Konyamachi y de los alrededores de Tashiro se fueron a descansar y en el camino de vuelta decidieron tomar unas copas.

Un Samurái de la casa Kizuka Kyuzaemon rehusó la proposición de sus compañeros y se volvió para su casa antes de la caída de la noche. Durante esa noche, sus compañeros quedaron envueltos en una pelea y mataron a varias personas. El Samurái de Kyuzaemon lo supo durante la noche y fue inmediatamente a hablar con sus compañeros. Escuchó su versión y dijo:

«Supongo que vais a hacer un

informe. Os ruego que declaréis que yo estaba presente y que he participado en el combate mortal. Yo diré lo mismo a Kyuzaemon. Debido a que este combate nos concierne a todos, yo haré frente a la muerte con todos vosotros. Tal es mi deseo más profundo. De hecho, si yo dijera a mi amo que he vuelto más pronto, no me creería; Kyuzaemon es un hombre severo. Incluso si los investigadores me disculpan, me hará ejecutar delante de sus ojos por cobardía y sería lamentable que yo muriera con mala reputación. Morir por morir, lo prefiero por haber matado a alguien. Si no aceptáis, me clavo el sable en el vientre ahora mismo».

No teniendo elección, aceptaron. Cuando se hizo la investigación, las verdaderas circunstancias fueron descubiertas y se supo que el Samurái había vuelto pronto a su casa.

Los investigadores quedaron muy impresionados y lo homenajearon. Sólo me han contado los grandes rasgos de esta historia. La estudiaré en detalle luego.



*Sobre la relatividad de las
cosas*

Nabeshima Aki No Kami estaba comiendo cuando llegó un visitante y tuvo que dejar su plato como estaba. Poco después, uno de sus servidores se sentó delante de la bandeja y comenzó a comerse el pescado frito. Justo en ese momento llegó el Señor Aki y sorprendió al sirviente, que escapó, atemorizado. El Señor Aki gritó:

«Hace falta una mentalidad de esclavo para comer en el plato empezado por otra persona».

Se volvió a sentar y acabó su plato.

Esta historia fue relatada por Jin'emon.

Se cuenta que este servidor fue uno de los que se suicidó cuando murió su

amo.

Sobre la clemencia

Ichiguyen era un pequeño servidor a las órdenes del Señor Takanobu. Debido a un desacuerdo que tuvo respecto a la lucha, mató con su sable a siete u ocho hombres y fue condenado a hacerse el Seppuku.

Cuando el Señor Takanobu lo supo, usó su clemencia y dijo:

«Nuestra nación conoce ahora una época tumultuosa. Los hombres valientes son de una gran importancia y este hombre parece tener una gran

valentía».

Por ello, cuando tuvieron lugar los combates a lo largo el río Uti, el Señor Takanobu se llevó a Ichiguyen con él. Aquél alcanzó una gloria sin igual al precipitarse a la vanguardia enemiga y diezmarla a cada carga.

En la batalla de Tagaki, Ichiguyen se adentró tanto en las filas enemigas que el Señor Takanobu, preso de remordimientos, tuvo que llamarlo de vuelta.

Desgraciadamente, su vanguardia no pudo avanzar y sólo fue echándose el mismo en la batalla hasta que pudo coger el brazo de Ichiguyen. Su cabeza tenía numerosas heridas que había

cuidado aplicando hojas sostenidas con una fina tela.

Sobre la cortesía

Cuando Fukuchi Rokurouemon abandonaba el castillo, el palanquín de una dama que parecía ser de alto rango pasó delante de la mansión del Señor Tabu y el hombre de guardia hizo las saluciones con esmero. Sin embargo, un portador de alabarda que acompañaba el palanquín lo interpelló y dijo:

«No te has inclinado lo suficiente»
y lo golpeó con el puño de la alabarda.

El guardia tocó su cabeza y notó que sangraba. Se levantó y dijo: «*Habéis cometido una acción degradante cuando yo he sido cortés. Es una desgracia*». Y mató al portador de la alabarda de un solo tajo de su sable.

El palanquín continuó su camino, Rokurouemon levantó su lanza y dijo:

«*Envainad vuestro sable, está prohibido desenvainar el sable en el recinto del castillo*».

El hombre contestó:

«*Lo que acaba de ocurrir era inevitable y las circunstancias han sido las que han dictado mi conducta. Os habréis probablemente dado cuenta de ello. Deseo volver a envainar pero me*

es difícil hacerlo dado el tono de vuestra voz. Estaré contento de contestar a vuestro desafío».

Rokurouemon bajó inmediatamente su lanza y dijo: *«Sois razonable. Yo me llamo Fukuchi Rokurouemon. Testificaré que vuestra conducta ha sido ejemplar. Más aún, os sostendré a riesgo de mi propia vida. Ahora, os ruego que envainéis vuestro sable».*

«Con sumo placer». Dijo el guardia y envainó.

Dijo servir a Taku Nagato No Kami Yasuyori. Por esto Rokurouemon lo acompañó y relató los hechos.

Sin embargo, sabiendo que la Dama del palanquín era la esposa de un noble,

el Señor Nagato le ordenó hacerse Seppuku.

Rokurouemon dijo entonces:

«He dado mi palabra de Samurái.

Si este hombre es culpable voy a cometer Seppuku yo el primero».

Se cuenta que esta historia terminó sin otras consecuencias.

Sobre la pulcritud

Un grupo de hombres se había reunido un día en la plaza de la Ciudadela interior del castillo cuando alguien dijo a Uchida Shouemon:

«Se dice que enseñáis el arte del

sable, pero si se os juzga por vuestro comportamiento cotidiano debéis de carecer de pulcritud. Si se os pidiera ser el asistente de un Seppuku tengo la impresión de que en vez de cortar la base del cuello, cortaríais la coronilla».

Shouemon replicó:

«Tal caso no es cierto, dibuja un pequeño punto con tinta en la base de tu cuello y te voy a mostrar cómo puedo cortarlo sin errar ni el espesor de un cabello».

Sobre la mendicidad

Camino de Tokaido, Nagayama Rokurozaemon se detuvo en Hamatsu. Cuando pasaba delante de un albergue, un mendigo se aproximó a su palanquín y dijo:

«Soy un Ronin de Echigo, no tengo dinero y estoy en dificultades. Los dos somos Bushi. Os ruego que me ayudéis».

Rokurozaemon se enfadó y dijo:

«Es insultante decir que los dos somos Bushi. En vuestro lugar, ya me hubiera clavado el sable en el vientre, en vez de continuar errando, exponiendo vuestra vergüenza; cortaos ahora mismo el estómago».

Se dice que el mendigo se alejó.

Sobre el error

En el curso de un Seppuku ritual, el asistente cortó la cabeza teniendo cuidado de dejar un pequeño trozo de carne de manera que la cabeza no quedara separada completamente del tronco.

Un observador oficial declaró:

«No se ha acabado».

El Kaishaku, furioso, cogió la cabeza, cortó el trozo de carne, levantó la cabeza a la altura de sus ojos y dijo: *«¡Mirad!»*.

Fue bastante impresionante. Era una historia del Señor Sukeemon. Antaño

ocurría que la cabeza «volara». Se dijo entonces que más valía dejar un pequeño trozo de carne que impidiera a la cabeza ser proyectada sobre los Oficiales.

Ahora, la costumbre es cortar completamente la cabeza.

Un hombre que había cortado cincuenta cabezas dijo un día:

«Algunas veces el tronco de un cuerpo cuya cabeza habéis cortado no os deja indiferente. Para los tres primeros, no notáis nada; al cuarto o quinto ya empezáis a sentir algo. Como este punto es de una extrema importancia, si os decidís a cortar cabezas, tenéis que hacerlo sin cometer ningún error».

Sobre la debilidad y la fortaleza

Cuando el Señor Nabeshima Tsunashige era niño, Ivamura Kuranosuke fue el encargado de cuidar de él. Un día, Kuranosuke, viendo que se habían colocado monedas de oro delante del joven Tsunashige, preguntó al servidor: «*¿Por qué razón están aquí estas monedas?*».

El servidor contestó:

«El Amo acababa de saber que le habían hecho un regalo y como no lo había visto todavía, yo se lo he traído».

Kuranosuke criticó fuertemente al

servidor y dijo:

«Colocar tales objetos delante de una persona importante es de mal gusto. Cuidad de que no estén jamás delante del hijo del Señor. Los servidores deben ser vigilantes».

Otra vez, el Señor Tsunashige, que tenía entonces veinte años, se dirigía a la hacienda de Naeskiyama para divertirse.

Cuando el cortejo llegaba cerca de la hacienda, pidió un bastón para caminar. El encargado de la guardia de sus sandalias, Miura Jibuzaemon, le fabricó uno con un palo.

Koranosuke lo vio, se apoderó rápidamente del bastón y reprendió

ásperamente a Jibuzaemon:

«¿Acaso deseas que nuestro joven amo se vuelva blando? Darle este bastón, incluso si lo reclama, es una negligencia».

Jibuzaemon fue ascendido más tarde al rango de Teakiyari y Tsunetomo lo aprendió directamente de él.

Sobre la lealtad

Cuando Sagara Kyuma fue ascendido al rango de primer ordenanza, dijo a Nabeshima Heizaemon:

«Por una razón que yo ignoro el Amo me concede cada vez más

confianza y acaba de nombrarme para un puesto elevado. No teniendo personalmente ningún servidor, me temo que mis asuntos padezcan por ello. Es por eso que os pido el favor de que me deis a vuestro servidor Akase Jibuzaemon».

Heizaemon le escuchó y contestó:

«Acepto y es un honor para mi que os hayáis fijado en mi servidor».

Cuando comunicó a Jibuzaemon la noticia, éste dijo:

«Pienso que mi deber es llevar personalmente mi respuesta al Señor Kyuma».

Fue a su casa y tuvo una entrevista con él:

«Pienso que es un gran honor haber sido tanteado para ser vuestro servidor; pero un Samurái no sabría cambiar de Amo. Tenéis un rango elevado, estaría colmado si me volviera vuestro servidor pero al mismo tiempo sería un deshonor. Heizaemon es de un rango menor, la vida es difícil para él, vivimos de sopa de arroz barato, sin embargo, es muy dulce. Os ruego que toméis todo esto en cuenta».

Kyuma quedó muy impresionado por esta actitud.

Nakano Jin'emon acostumbraba a decir:

«Un hombre que sólo sirve a su Señor, si es tratado con bondad no es

un Samurái. El que lo sirve cuando es duro e irracional, éste es un Samurái. Debeis impregnaros de este principio».



Anexo

El credo del Samurái

No tengo hogar; hago que el Tan T'ien lo sea.

No tengo parientes, hago de la Tierra y el Cielo mis mejores parientes.

No tengo amigos, hago de mi mente mi amiga.

No tengo el poder de Dios, la honestidad es mi poder divino.

No tengo poder mágico, hago a mi

personalidad mi poder mágico.

No tengo milagros, hago de las leyes correctas mis milagros.

No tengo leyes, hago de mi auto-defensa mis leyes.

No tengo medios, hago mis medios de la docilidad.

No tengo cuerpo, hago del estoicismo mi cuerpo.

No tengo ojos, hago del relámpago mis ojos.

No tengo oídos, hago de mi sensibilidad mis oídos.

No tengo extremidades, hago de la rapidez mis extremidades.

No tengo estrategia, hago de lo correcto para matar y de lo correcto

para revivir mi estrategia.

No tengo tácticas, hago del vacío y la plenitud mis tácticas.

No tengo ideas, hago de tomar la oportunidad de antemano mis ideas.

No tengo principios, hago de la adaptación a todas las circunstancias mis principios.

No tengo talento, hago de mi astucia mi talento.

No tengo enemigos, hago del descuido mi enemigo.

No tengo armadura, hago de la benevolencia mi armadura.

No tengo castillo, hago de mi mente inamovible mi castillo.

No tengo espada, hago de mi No mente

mi espada.